

273.

73 no.

Comedia

Num. 273, 2x2

COMEDIA FAMOSA.

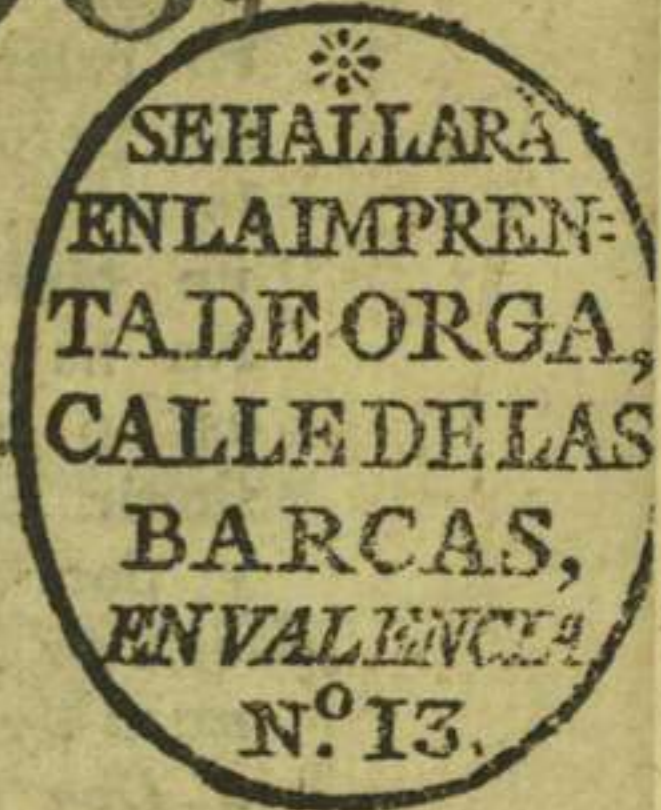
EL FILOSOSO CASADO;

O EL MARIDO

A VERGONZADO DE SER LO.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.



Don Carlos.
Don Dionisio, tio de Don Carlos.
Don Luis, amigo de Don Carlos, y amante de Doña Rosa.
Doña Jacinta, muger de

Don Carlos.
El Marqués de la Rueda, amigo tambien de Don Carlos, y amante de Doña Jacinta.
Don Estevan, padre de Don Carlos.

Doña Rosa, hermana mayor de Doña Jacinta.
Narcisa, criada de Doña Rosa.
Un Criado.

Maria da
Tonnoja

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa el gabinete de un hombre estudioso, con estante de libros, y una mesa en que hay recado de escribir, libros, instrumentos matematicos, y una esfera junto á esta mesa. Está sentado Don Carlos solo, y en bata.

D. Carl. En este retiro estoy cada vez mas bien hallado. Aquí felizmente gozo la libertad, y el descanso. Aquí ni ambicion, ni envidias me sirven de sobresalto: con arreglo á mi fortuna, mis deseos satisfago: vivo solo sin hacer profesion de solitario; y sin cuidar de precisas ocupaciones, trabajo. Si un afán sério me cansa, las musas, con dulce trato, me enseñan á divertirme

sin presuncion de sabio. Me figuro finalmente, que esta pieza es un palacio, los cortesanos mis libros, y yo su rey, que en él mando. Mas si en este quarto reyna la paz, en el inmediato todo es pura guerra: aquí soy soltero, allá casado... Casado yo? Si: me armé de filosofia en vano contra aquel hermoso sexo, á cuyo halagueño encanto (bien á mi costa lo sé) no resiste el juicio humano... Pero no es mi esposa amable? No es espejo de recato? Yo (amante mas que marido) no soy dueño de su agrado, y de su amor? Pues porqué contra el Matrimonio clamó... Muy buena es mi muger: si; pero es mi muger al cabo. Nuevos defectos en ella voy cada dia observando

A que

que me ha ocultado hasta aquí
su artificio... Ah sexo falso!
ah Carlos, que necio fuiste!
¿solo para tu regalo
expresamente querías,
se hubiese el Cielo estrenado
en criar una muger
sin pero? Yo, mentecato,
lo creí, y hé cometido
un hierro mas que mediano. *H*
No hay remedio: lo que importa
es no hablar de lo pasado,
fingir paciencia por fuera,
y por dentro estar rabiando.

Empieza à leer, apoyando el codo en la mesa, y tan distraído que no siente à Don Luis, que llega à ponersele detrás de la silla; y sin reparar en él prosigue diciendo.

Verguenza me dá mirarme!
parezco un vivo retrato
de un sabio en quien los sentidos
de la razon han triunfado...
Cruel amigo! ah Don Luis,
tu fuiste quién abusando
de mi amistad, y creencia,
me brindaste con el vaso
de veneno. Tú dixiste
que era la novia un milagro,
un Angel, tan tierna, y docil...

D. Luis. No hay que arrepentirse tanto.

D. Carlos sorprendido viendo à Don Luis.

D. Carl. Quién es? D. Luis. Yo, yo.

*D. Carl. Conque vienes
à cogermé descuydado?*

*D. Luis. Si estás hablando conmigo,
no he de responder al caso?*

D. Carl. No pensé que me escuchabas.

*D. Luis. Tu solo en decirme agravios
es en lo que piensas; dime;
te he causado yo algun daño?*

[Don Carlos levantandose enojado.]

*D. Carl. Haberme casado. D. Luis. Y qué?
te parece eso tan malo?*

D. Carl. No creí yo que lo fuera.

*D. Luis. pues aquí tu eres el amo:
todo lo que no te guste,
hay mas sino reformarlo?*

*D. Carl. Hombre, calla, que à un marido
nunca puede faltarle algo
de que quejarse; y yá que
por un accidente raro,
descubriste mi secreto,*

desde ahora el pecho te abro.

D. Luis. Mira: el Matrimonio es...

D. Carl. Es una vida de esclavos.

D. Luis. Para las pobres mugeres.

*D. Carl. Yá te cogerá à tí el carro
como à mí, y verás si es faeil
ser siempre amante, y amado
de tu muger solamente,
si no echas para lograrlo
tu memoria, entendimiento,
y tu voluntad à un lado.*

*D. Luis. Pero una muger de juício,
con natural agasajo...*

*D. Carl. La mia tiene esas prendas,
y otras mas; y sin embargo,
no dexa de hacer su gusto
por mí. D. Luis. Vaya: hablemos claros:
qué la tachas? D. Carl. Su imprudencia,
que al fin me ha de costar caro.
Temblando estoy: tu no sabes
bien los sustos que yo paso:
parece que está empeñada
en que sepa todo el barrio
que soy su marido yo.*

*Cada dia va buscando
nuevas visitas, de que hace
confianza sin reparo;
sobre todo de mugeres.*

*Cierto que anda en buenas manos
mi credito. D. Luis. Mal podrás
lograr intento tan arduo.*

*Qué? siempre tu casamiento
ha de estar oculto acaso?*

*D. Carl. Ojalá: pues si mi padre
sabe que estoy desposado
sin consentimiento suyo,
secretamente ha dos años,
me arriesgo à su justo enojo.*

*D. Luis. El te estima, y me persuado
que luego se aplacará.*

*D. Carl. No siento à la verdad tanto
su indignacion, como darle
un pesar; porque le amo,
y venero, de manera,
que de no haber consultado
mi Matrimonio con él,
me resulta un grave cargo.
Y aquí para entre nosotros,
tengo además de esto, empacho
de confesarme marido,
aunque sé, que es un estado
muy puesto en razon, muy útil,
delicioso, bueno, y santo,*

que

que las costumbres del tiempo tiene ridiculizado.

Esta no es razon que basta; pero... *D. Luis.* Tu prudencia alabo en no descubrir à nadie esa flaqueza, y me espanto de que no hayas recurrido à otro motivo fundado, como es el de contemplar à un tio rico, y aváro que tienes; y que (en su genio violento, y extraordinario) te privará de su herencia, si averigua el nuevo estado que sin su licencia sigues. Tu muger es necesario que se rinda à este argumento.

D. Carl. No, no: un candado en los labios es el argumento que hay... Pero aún tengo otro cuydado. No es ella sola à quién temo que divulgue lo que callo. Su hermana, aún mas imprudente, con sus caprichos estraños, que un minuto está de risa, y otro minuto de llanto; yá sería calla; yá alegre habla mas que un papagayo; que tan presto toma, y dexa el buen humor como el malo: su hermana en fin, con quién quieres casarte, y que yo en presagio te prevengo desde ahora que ha de darte malos ratos, con su poco miramiento; me tiene dado à mil santos. Ella me llena la casa de gentes; y está tratando siempre aquí con sus amigas. Don Luís, yo paso unos tragos de muerte: porque si voy à visitarla à su quarto, apenas entro, yá callan; luego empiezan à hablar baxo, à mirarme, à sonreirse; levantan de quando en quando allá una algazára entre ellas, y por ciertos gestos saco, que mi dichosa cuñada à todos ha confiado mi secreto; y que podrán ser (en tres dias, ó quatro) mis confidentes Madrid,

y sus Pueblos comarcanos.

D. Luis. Pues esa es mucha imprudencia, verás que bien se lo canto à tu cuñada, y tu esposa Doña Jacinta... *D. Carl.* No: à espacio. Mejor ha de ser hablarlas con suavidad; y te encargo adviertas à mi parienta que verá como me escapo desde luego de Madrid, y me establezco en el campo, si no me guardan mejor el secreto.

D. Luis. Bien pensado... con risa falsa pero Vm. se prevendrá de paciencia en todo caso.

D. Carl. Y Vm. à imitacion mia

en el mismo tono

vaya haciendo de antemano bastante provision de ella: todos la necesitamos. Yo conozco à Doña Rosa, y temo::- *D. Luis.* Yo la idolatro; y de todos sus defectos no se me daría tanto, si la dificultad solo estuviera yá en casarnos. Pero como por las causas que sabes, no la declaro mi familia, y apellido, conozco que está dudando si en sér mi esposa tal vez se humillará demasiado. Lo cierto es que ella me quiere, y si consigue mi hermano que no se trate yá mas sobre aquel cuento tan agrio, que solo por pundonor he tomado yo à mi cargo; sabrá tu cuñada al punto, qual es mi sangre, y mi grado.

D. Carl. Y eso antes hoy que mañana.

D. Luis. Pues à Dios. Voy como un rayo à reñir à tu muger, y à Doña Rosa... *D. Carl.* Yo aguardo à que este tonto se case, y asi me verá vengado de lo que por él padezco.

Vuelve à sentarse junto à la mesà, y à leér. Sale Narcisa, y despues de haber observado un rato à Don Carlos en silencio; dice.

Narc. Siempre está leyendo mi amo! ap.

su muger de usted, Señor:-

D. Carl. Grita; eso es: dilo mas alto.

Narc. Si haré, su muger de usted:-

D. Carl. Dime; ¿no estoy predicando cerca de dos años há

que semejante vocablo no se pronuncie en mi casa?

Narc. Ya lo sé; pero no caygo siempre en ello; y sobre todo, en decirlo qué mal hago?

D. Carl. Muchos males: el primero no obedecer lo que mando:

el segundo:- *Narc.* Pensará

quién le oyga à usted que es pecado,

dar à mi amor el mismo nombre,

que recibió del Vicario. *D. Carl.* Narcisa.

Narc. Que manda usted.

D. Carl. No oyes que te estoy hablando?

Narc. Pues quién atienda à sus cosas de usted, tendrá buen trabajo.

D. Carl. Podré decir dos palabras?

Narc. Y aunque usted quisiera quatro.

D. Carl. Tu no sabes que un secreto:-

Narc. Digole à usted, que ha dos años

que tenemos una vida,

que no es carne ni pescado;

y yá el secreto me estorba.

D. Carl. Y tu à mi me tienes harto.

Narc. No es un cargo de conciencia

pretender que estén callando

tanto tiempo tres mugeres?

Yo viviria en un claustro

con cilicios, oraciones,

y ayunos, como à mi salvo

me dexasen siempre hablar.

Se levanta Don Carlos.

D. Carl. Hablad: quién os vá à la mano?

No, no soy tan loco yo,

que me empeño en sujetaros

la lengua. En un solo asunto

impongo expreso mandato

de que calleis. *Narc.* Pues Señor;

como es el arbol vedado

ese asunto, por lo mismo

con mas gusto de él hablamos.

A mí si me presentasen

diez manjares delicados,

y entre ellos me prohibiesen

probar de algun mal guisado,

cabalmente mi apetito

se tiraría à aquel plato.

Y así, considere usted

como estaré yo rabiando

por hablar de su casorio.

D. Carl. Habrá espíritu mas raro

de contradiccion! qué idea!

que indiscrecion! qué desbarío!

esto es ser muger al fin.

Narc. Si, pero aunque así seamos,

con todos esos defectos

mandamos à zapatazos

à los hombres, siendo escollo

de Filósofos, y vanos.

El juicio tienen ustedes,

pero nosotras en cambio

tenemos el atractivo.

Quál es mas fuerte contrario?

En vano contra nosotras

claman severos los sabios,

pues su ceño no se libra

de nuestros ojos tiranos.

En su ciencia, y reflexiones,

bien pueden estar fiados,

que si vén en una chusca

una risita, un alago;

adios, amigo; rindiose

la plaza al primer asalto.

D. Carl. En dos palabras ha dicho *ap.*

toda mi vida, y milagros.

Narc. Dios me dexé vér à usted

con seis chiquillos al canto,

que le alboroten la casa,

à gritos, lloros, y saltos.

Qué gracioso estará usted

à caballito en un palo,

ò jugando al escondite

con ellos para acallarlos!

D. Carl. Ella se rie à mi costa

la gran picara; y lo malo

es, que tiene razon:- mira:

es arrojo temerario

descubrir mi matrimonio;

porque me llevaré el chasco

de no llegar à heredar

à un tio que Dios me ha dado.

Narc. Qué! desea usted ser rico?

Vaya: son (si no me engaño)

los Filósofos, lo mismo,

que los hombres ordinarios.

Ola! Aquellos pensamientos

que usted tenia tan altos,

que se han hecho? Usted decia:

no hay vicio mas vil, y baxo,

que el ancia de enriquecer!

à quantos destruye, à quantos!

Yo demasiado contento

con

con mi fortuna me hallo.
Un tesoro de virtudes
es el mayor, el mas grato,
y por él despreciaria
el cetro de un Soberano.

Y yo apuesto que si alguno
despues tomara al muchacho
por la palabra, diria:
pues qué? Soy yo tonto acaso?

D. Carl. Todavia en lo que es justo,
de esa opinion no me aparto;
pero mis hijos podrán
maldecirme, si yo trato
de seguir (en daño suyo)
mi Filosofia: el sabio
debe elegir un buen medio:
y à mí me toca dexarlos
bien puestos, y no perdér
esté rico mayorazgo.

Narc. Señor; es mucha razon;
pero esos hijos reparo
que todavia no existen:
yá vendrán; mas sin embargo,
crea usted que su linage
no será muy dilatado.

D. Carl. Y porqué no? Apenas llego
à treinta años; y asi:- *Narc.* Ay amo!
usted quiere tener juntos
muchos dones encontrados;
y comunmente se dice,
que los hombres literatos
aunque por su habilidad
son útiles al estado,
no tienen la de aumentarle.

D. Carl. Narcisa, merece aplausos
el cumplimiento ingenioso
que me has hecho; pero añado,
que aunque se sufran los chistes
en una criada à ratos,
crian alas, y molestan,
si los amos son bonazos;
y al fin logran que las echen
à la calle por un brazo.
Creo que esta prevencion
que à mi Narcisa en paz hago,
la servirá de gobierno:
sino es facil remediarlo.

Narc. Un Filosofo parece
mal politico; ignorando
que en despedir à quien sabe
su secreto, busca un daño;
y mucho mas si es del sexo
inclinado à los resabios

de hablar, de desquitarse:-

D. Carl. Cierto, y aún es necesario,
dar uno à sus confidentes,
en buena moneda el pago.

La dá un bolsillo.

Toma por ahora, y calla.

Paciencia.

Narc. Era bien pesado
el secreto; mas con esto
será un poco mas liviano.
Qué muchacha tan callada
me voy haciendo! Entretanto,
pongáme usted por remedio
este unguento mexicano.

D. Carl. Si en eso solo consiste,
me servirás bien? *Narc.* De pasmo:
ah! le daré à usted de parte
de su parienta un recado:-

D. Carl. De quién? *Narc.* De su muger.

D. Carl. Cómo?

Narc. Ha, sí! no sé lo que me habló.
De mi ama quiero decir,
que ha de venir à este quarto
à tratar ciertos asuntos
con usted. *D. Carl.* Yo no me amaño
à hablar con ella de dia;
es menester escusarlo.

Dila, dila que à la noche
tendremos tiempo sobrado.

Ahora voy à estudiar
con sosiego, por espacio
de un par de horas. *Narc.* Yo diré
que hoy está usted ocupado. *¡Vase.*

D. Carl. No hay argumento que asi
persuada, como un regalo
à tiempo, y la suavidad.
Grandes remedios son ambos
para gente incorregible.
Con ellos veré si atraygo
à Narcisa. Ahora pues,
que me siento despachado,
solo, y con tiempo de sobra,
vamos à emplearle en algo.

¡Sale Doña Jacinta sin hablar.

Cómo? Tú en mi gabinete!

D. Jac. Temes mi vista?

D. Carl. Al contrario;
mas te quiero que à mi vida.
Pero à estas horas extraño
entres aqui. ¿No te ha dicho
Narcisa lo que hace al caso?

D. Jac. Si, pero pensaba hablarte
sobre cierto punto. *D. Carl.* En dando

- tu en una fema, acabose.
- D. Jac.* Cometo algun atentado en visitarte? Mi gusto, y obligacion satisfago.
- D. Carl.* La obligacion de una esposa, es mostrar en todo agrado.
- D. Jac.* Sugecion querrás decir; y me parece Don Carlos, que de todo el Matrimonio, lo que te agrada es el mando; y que yo como una esclava:-
- D. Carl.* Eso es llamarme tirano, y me ofendes. Solo pido una atencion, un buen trato, no obsequios, ni esclavitud, y que jamás de tu labio salga, Jacinta, el secreto, que estoy encubriendo tanto. Si alguno entrase aqui ahora, y nos viese mano à mano diria:-
- D. Jac.* Pues bien, que digan: à mi que me importa? *D. Carl.* Alabo la frescura! qué me importa! dime, muger, por San Pablo, no sabes las causas que hay de ocultar nuestro contrato?
- D. Jac.* No puede ser. *D. Carl.* Ya se vé; si tu lo andas publicando.
- D. Jac.* Por mi yo haré lo que quieras. Pero pretendes acaso tapar la boca, y los ojos à las gentes? *D. Carl.* Vamos, vamos: sin duda esto se descubre.
- D. Jac.* Marido, yo trás de eso ando.
- D. Carl.* Y porqué? *D. Jac.* Porque ya se halla mi corazon tan ufano de poseer tal esposo, que para tener el lauro completo, solo me falta poder desde hoy divulgarlo.
- D. Carl.* Con que maña una muger à un hombre le ata las manos!
- D. Jac.* Tú la has tomado conmigo no sé porque.
- D. Carl.* Si me enfado, es solo contra mi propio; porque fuí tan insensato, que te creí muger cuerda, y de palabra, en el pacto que solemnemente hicimos los dos, antes de casarnos, de que tu hermana tan solo lo sabria. Sin embargo voy viendo que mi secreto
- (gracias à vuestro cuydado) se ha vuelto secreto à voces.
- D. Jac.* Puedes hacer esos cargos à tu cuñada, que yo he callado demasiado.
- D. Carl.* Y te pesa? *D. Jac.* Sí; porque con esos misterios, damos à todos que sospechar. Vivimos juntos: el barrio murmura lo que Dios quiere; y yo por todo ello paso. Lo que te suplico, en premio de mi paciencia Don Carlos, es, que al Marqués de la rueda todo se lo descubramos.
- D. Carl.* Al Marqués? Qué estás diciendo? De él cabalmente me guardo mas que de nadie. Aunque se halla metido entre cortesanos, sin instruccion, con un genio, alegre como muchacho, es un Filósofo oculto defensor del celibato, que hace manifiesta burla de novios, y enamorados; y yo mas de ochenta veces (para decirtelo claro,) apoyando su opinion, por mi parte le he ayudado. Si voy ahora à contarle que soy marido, que gano? Que vaya haciendo de mí por todo Madrid escarnio.
- D. Jac.* Y el matrimonio es afrenta?
- D. Carl.* Es afrenta haber mudado de ideas, conducta, y genio, y exponerse un hombre blanco à que le silven. *D. Jac.* Amigo, el Marqués no ha de ignorarlo.
- D. Carl.* Qué motivo hay? *D. Jac.* Uno solo muy prudente, y necesario; y quando lo sepas:-
- D. Carl.* Vaya, dimele sin mas reparo.
- D. Jac.* Pues mira: ese palaciego, que à todo el genero humano satiriza, y que defiende, que ha de ser uno de marmol para ser hombre de juicio, muy fino, y apasionado, desde que viene à esta casa siempre me está requebrando.
- D. Carl.* A tí? *D. Jac.* A mi.
- D. Carl.* Jacinta? *D. Jac.* Qué hay?
- D. Carl.* Buena traza. *D. Jac.* Por libraros

Acto 2º

o el marido avergonzado de serlo.

à los dos quizá de un lance
callaba; pero ya es tanto
lo que me ostiga, que elijo
por medio mas acertado,
informarle francamente
de que ya es tuya mi mano.
Determina, (pues para eso
te concedo un breve plazo,)
quién de los dos ha de darle
la noticia: yo no callo
si pasa del dia de hoy,
porque ya estoy rebentando. *Vase.*

D. Carl. Mira, espera:- Qué me pasa!
la creeré? Vaya que es falso;
porque el Marqués:- apostemos
à que todo es inventado
por ella para:- No, no:
ella es muger de recato,
y sospechar tál, sería
ofenderla:- En qué quedamos?
Enamorado el Marqués?
Me alegro, como soy Carlos.
De qué? De que solicite
à mi muger? Este es chasco.
Yá recelo de mi honor:-
Mi honor:- Oh! que mentecatos
somos todos los maridos!
buscaré al Marqués:- Veamos
si con un poco de maña,
le hacemos confesar algo
de su flaqueza:- Si está
bien enamorado, guapo!
no se atreverá à culparme
de haber caído en el lazo:-
Por fin tomaré un partido:
pero cuál? Ese es el caso. *Vase.*

ACTO SEGUNDO.

*Sala de la habitacion de Doña Jacinta in-
mediata al gabinete de Don Carlos. Sa-
len Doña Rosa, y Narcisa.*

D. Ros. Conque luego ha de venir
aquí el Marqués de la Rueda?
Narc. Si, Señora. *D. Ros.* Y te parece
que él me quiere? Dí que piensas?
Narc. Que no. *D. Ros.* Si supieras tu
lo que eso me desespera!
Narc. No tiene usted que jurarlo.
El no se rinde à bellezas.
D. Ros. Pór lo mismo deseára
que mis ojos le vencieran,
y todo será, que un dia

se me ponga en la cabeza.
Yá sabes tu que hay un arte,
en el qual soy yo maestra,
de atraher, y avasallar
aún al que mas nos desprecia.
Narc. Haga usted por conquistarle.
D. Ros. Te burlas?
Narc. No, no; de veras.
D. Ros. Pues mira, no he de parar
hasta tanto que le veas
à mis pies bien derretido.
Narc. Pero usted quando él la quiera
que vá à ganar. *D. Ros.* Qué? Decirle
que desprecio sus ternezas,
que ni su genealogia,
ni sus muchas conveniencias,
ni su distinguida clase,
le libran, de que le tenga
por un necio presumido.
Narc. No lo es, Señora, antes lleva
la opinion de que el estado
felíz es la indiferencia:
respetta mucho à las damas,
y si llegára à quererlas,
tubieran razon de amarle:
creo que usted, aunque él sea
como dice, lograría
gloria mucho mas completa,
en rendirle, y complacerle
con fina correspondencia,
que en tener la voluntad
siempre à ese Don Luis sujeta:
que aunque ha macho que con mi amo
tiene intimidad estrecha,
y usted le quiere; yo estoy
muy mal con que se le atienda.
Usted debiera emplearse
en un hombre de otra esfera,
porque Don Luís, ya usted vé
que:- *D. Ros.* Te engaña la apariencia:
y à mi el corazon me dice
que es preciso haya nobleza
en Don Luís: y que sabemos
si por razones secretas,
que quizá:- *Narc.* Si, vé esas cosas,
se léen en las Novelas;
yo bien conozco sus fines.
Aquella benevolencia,
y sumision, es nacida
de su codicia; él intenta
hacer fortuna, aumentando
su caudal, con las haciendas
que heredó usted de su tia.

Le vé usted como una *señal*
pues ~~que~~ case con él;
 verá como se revela.

D. Ros. Bien dices: me han ocurrido
 à mi las mismas sospechas
 frecuentemente, trayendo
 conmigo misma una guerra
 dos años ha, sin poder
 deshacer mi pasión ciega.
 Queriendo à Don Luís, mil veces
 le he recibido severa:
 mil veces le he despreciado,
 revestida de soberbia.

Salí de Madrid, creyendo
 sanar mediante la ausencia;
 pero todo ha sido en vano.
 Estoy hechizada:- espera:-
 con el mal humor que hoy tengo,
 le haré perder la paciencia.

Narc. Ahora no fuera malo
 tener alguna *zaqueca*, *flato*
~~para~~ para adquirir
 un poco de displicencia.

Don Luís vendrá, pero usted
 apenas le vé flaquea:-

D. Ros. No: ya me voy disponiendo
 à indignarle con ofensas:
 díme algo para irritarme:
 tocame alguna materia
 enfadosa; por exemplo;
 de mi hermana. *Narc.* En hora buena.

Pues es de saber que mi ama,
 con no sé que impertinencia,
 apuró ya el sufrimiento
 à Don Carlos, de manera,
 que le obligó à prorumpir,
 hoy en ciertas indirectas,
 que podrán tener acaso
 algunas resultas serias,
 con las quales es posible
 que Doña Jacinta pierda
 su dicha, y tranquilidad.

La pesa à usted? *D. Ros.* Me deleyta
 esa noticia. Ha dos años
 que ni un instante me dexa
 vivir gustosa; la envidia
 que tengo, de que posea
 tal felicidad mi hermana.

Narc. Pues, Señora, usted convierta
 en iras todo eso gozo,
 porque de la tal quimera,
 se siguieron unas paces
 tan amistosas, tan tiernas

que el Filósofo Don Carlos,
 tuvo en ellas la flaqueza
 de llorar: yo me enternezco
 de pensarlo... *D. Ros.* Que me cuentas?
 Con que en fin, no dexan ellos
 de amarse? *Narc.* Con mas fineza
 que el primer dia, ya es mi amo,
 esclavo de su parienta.

D. Ros. Jesus que tonto! *Narc.* Oyga usted.
 Quanto mas quiere hacer ella
 de mandona, al quarto de hora
 mas la estima. *D. Ros.* Qué impaciencia!
 qué gracia, qué dón tendrá
 Jacinta, que asi maneja
 con tanta facilidad

à un hombre de aquellas prendas?
 Si fuera marido mio
 Carlos (y ojalá lo fuera),
 aún que pecase de humilde,
 era cosa muy diversa...

Pero sujetarse ahora
 à mi hermana... Qué baxeza!
 vaya, ese hombre no tiene ojos.
 A mi estas cosas me vuelan!

Narc. Señora, à quantas estamos
 de Don Luís? *D. Ros.* Hal me atormentas,
 solo con ~~en~~ nombrarle. *Narc.* Bien.
 Yá viene él ácia esta pieza
 cabalmente, y yo me voy;
 por si estorba mi presencia. *vase.*

*Doña Rosa se recuesta en una silla como
 abandonada, y se pone en ademán de
 pensativa. Sale Don Luis, y despues de
 estar mirando un rato à Doña Rosa, que
 hace como que no le vé, dice.*

D. Luis. Usted desea estar sola:
 no es verdad? *D. Rosa.* Si usted tuviera
 un poco mas de discurso,
 lo conociera à la legua.

D. Luis. Señora; yo bien conozco
 que mis visitas molestan
 à usted. *D. Rosa.* Pero sin embargo.
 No hay forma de que una pueda
 con seriedad.

verse libre de usted. *D. Luis.* Hoy *ap.*
 no está para muchas fiestas:
 vamos con tiento.

Sientase en un rincón de la sala.

D. Rosa. Bien puede
 usted tomar ya la puerta. *con enfado.*

D. Luis. Podrémos saber porqué?

D. Rosa. Yo no tengo que dar cuentas
 à nadie. *con gravedad.*

D.

D. Luis. Es así, Señora...

Pero si la ardiente hoguera de mi pecho:- *D. Rosa.* Yá irá usted à decir una simpleza.

Levantándose de pronto, y con enojo.

D. Luis. Pues no hablaré mas.

D. Ros. La ardiente hoguera! Qué lengua es esa? Me revuelve interiormente. No me la hable usted, y sepa, que ya mi genio, y el suyo se llevan muy mal.

D. Luis. Paciencia: no hay que hacer caso, entre tanto que dura esta ventolera.

D. Ros. Juzga usted que soy novicia?

D. Luis. No lo es usted: quién tal piensa?

D. Ros. Y que quiere usted decir con eso... Salga usted: ea!

D. Luis. Pues à Dios.

D. Ros. No: espere usted; *deteniendole.* ya caygo en que usted desea quebrar la amistad conmigo, pronunciando una insolencia semejante. Bien está! quebrémos quando usted quiera; pero antes ha de decirme claro, que bulla fué aquella.

D. Luis. Pensó usted que la tenia por novicia, y yo en respuesta procuré desengañarla, diciendo que usted no lo era.

D. Ros. Pero eso que significa?

D. Luis. Nada mas de lo que suena

D. Ros. Qué pobre hombre es usted.

D. Luis. Yo:::

D. Ros. A que viene esa modestia? A usted si le han de tratar como à novicio.

D. Luis. Usted crea, *riendo.* que yo lo soy como usted.

Usted se rie? *D. Ros.* Por fuerza: aunque ahora estoy rabiando, me ha gustado esa agudeza.

D. Luis. Segun eso, durarán *rie mas.* ya poco nuestras pependencias.

D. Ros. No, Señor, le juro à usted, *Volviendo à ponerse seria.* una antipatia eterna.

D. Luis. Ella inventa extravagancias, mas yo sabré suspenderlas.

Ya veo que es imposible. *à D. Ros.* Señora, que usted me absuelva

no sé qual es mi delito; pero si sé que mis quejas, y obsequios, me hacen odioso, y que en vano se violentan, en amor las voluntades.

Quizá quando yo fallezca de dolor, llorará usted mi muerte, y aún despues de ella me echará menos; à Dios.

D. Ros. Don Luis, Don Luis! *enterneciendose.*

D. Luis. O que penas *mirandola tiernamente.*

sufro por esa hermosura!

D. Ros. Que este traydor me enternezca? oyga usted. *D. Luis.* Voyme por *ver ver* si tolera, usted mi ausencia.

D. Ros. No, no, Don Luis. *deteniendole.*

D. Luis. Usted mire, que solo por complacerla me quedo. *D. Ros.* Por complacerme?

D. Luis. O sino por obediencia.

D. Ros. Qué rabia!

D. Luis. De qué, Señora?

D. Ros. De que sea yo tan necia que no me pueda pasar sin vér à usted. Yo quisiera desde ahora aborrecerle tanto como le amo.

D. Luis. Es buena! no acaba usted de jurarme una antipatia eterna.

D. Ros. Ah! como mentí! ya jaro lo contrario. *D. Luis.* Qué protestas! Y qual de esos juramentos creeré tenga firmeza?

D. Ros. El ultimo, que ha nacido de una pasion verdadera del corazon, que el primero solo le dictó la idea.

Mi pecho se inclina à usted; si defectos no tuviera.

D. Luis. Luego tengo yo defectos que... *D. Ros.* Defectos, à docenas; esa es materia muy larga.

D. Luis. Bien: pues echamosla tierra. Usted en primer lugar aunque en su exterior demuestra gran sinceridad, oculta mucha malicia, y trastienda.

D. Ros. Oyga usted un sermoncito, sin aguardar à quaresma.

Usted se tiene por hombre de merito, y menosprecia el de otros públicamente. Mas: por debaxo de cuerda, satiriza à sus amigos, y viendose en su presencia, los adula: el interés, y amor propio siempre reynan en usted: y si las damas no le miran; se recrea en contemplar su beldad en un espejo, hora y media. Amigo, esta pinturita debe darle à usted verguenza. Mas con todas esas faltas, le quiero à usted muy de veras.

D. Luis. Bien Señora: yo hablaré con esta misma franqueza. Usted es graciosa, es noble, pero impaciente, y soberbia. Nunca los males que advierte en el proximo la alteran; y de vér à los demás con salud, se pone enferma. Usted tiene entendimiento, pero à veces dá en rarezas; y en mi vida he visto humor con tantas intercadencias. A toda muger bonita, la declara usted la guerra, y despues al mundo entero con sus ojos quiere hacerla. Decir quatro sequedades, cree usted que es ser ingenua; en fin de todos asuntos, habla usted venga, ò no venga, y no es capáz sobre todo, de tener cosa secreta. Amiga, esta pinturita debe dár à usted verguenza. Mas con todas esas faltas, la quiero à usted muy de veras.

D. Ros. Es posible? *D. Luis.* Sabe el Cielo que es fiel mi aficion, que es ciega: y aunque conozco en usted ciertos defectos que aféan sus gracias, mi pecho amante repára en ellos apenas.

D. Ros. Menos los he reparado yo, pues me cogan de nuevas. No, no quiero yo marido que me conozca, y me entienda como usted, sino que piense

que su muger es perfecta.

D. Luis. Bien está: si lo es, y mucho: queda usted ya satisfecha?

D. Ros. Tarde se desdice usted; no cuela amigo, no cuela.

D. Luis. Todo ha sido chanza, y dicho, sin fin de que usted se ofenda.

D. Ros. Podré esperar todavia, *con tono de suavidad.*

Don Luís, que usted me obedezca?

D. Luis. Siempre,

D. Ros. Pues no vuelva usted à ponerse en mi presencia. *con seriedad è imperio.*

D. Luis. Usted se burla. *D. Ros.* No burlo: pronto, sin replicar, fuera, antes que haga un disparate.

Vase Don Luis, y prosigue Doña Rosa.

Cómo à mi estas insolencias! segun el dice, soy loca, y lo que llaman coqueta... Loca si soy; pues le quiero. Mas (si bien se considera) no es un buen mozo Don Luís, digno de que le prefieran? Es verdad, y esa es mi rabia. Con que siguiendo esta regla, supuesto que le amo tanto, no soy loca, es consecuencia: en quanto à coqueta; vaya: lo soy, ò no? Echemos cuentas Doña Rosa, la verdad. Vamos: en parte no dexa Don Luís de tener razon, pero en mi sexo es afrenta, querer aguardar à muchos, y que mil nos hagan fiestas? Esta por ostentacion, por mera ambicion aquella, y por complexion la otra, todas lo mismo desean. Dice que soy impaciente, y envidiosa? Pues que piensa que me ha de gustar, que viva feliz mi hermana, y contenta, y que siendo yo mil veces mas dama, Jacinta tenga un marido que de mí debió prenderse, y no de ella? Soy soberbia; bien está: hay muger que no lo sea conociendo que es bonita? Soy imprudente, y parlera:

quien

quién dice que las mugeres para secretos son buenas?

En fin, seré caprichosa: y digo, hay mayor cansera que ser una siempre igual, y no variar de sistema?

Con que así, Señor Don Luís, resuelvo con su licencia, que usted es un embustero, y yo una muger perfecta.

Doña Jacinta, despues de haber estado escuchando por detrás de Doña Rosa.

D. Jac. Muger perfecta! eso sí. Valiente sermon de exéquias, te has hecho à tí misma en vida.

D. Ros. Te ha gustado?

D. Jac. Quién lo niega?

D. Ros. Oyes; si predico el tuyo, entonces será la fiesta.

D. Jac. Es que en tratando de mí, *sonrí.* hablas tu de otra manera.

D. Ros. Yo digo aquello que creo, y siempre cosas muy ciertas.

D. Jac. No todo lo que se cree ha de ser verdad por fuerza.

D. Ros. Yo bien sé que nunca es falsa cosa alguna que se erea.

D. Jac. Sí; y aún por eso te tienes por cabal. *D. Ros.* Clara es la prueba, porque entre nosotras dos hay una gran diferencia.

D. Jac. En no parecerse à tí; no creo que nadie pierda.

D. Ros. Quieres engañar al mundo con tu carita modesta; pero todos te conocen.

D. Jac. De mi ninguno se queixa aunque me haya conocido: otras, si las conocieran, nada ganáran en ello.

D. Ros. Te alabas de la destreza con que embobas à tu esposo, que por mucha bondad peca.

D. Jac. Yo solo aspiro à agradarle: este es mi arte, y él le aprecia, tú le adelantáras mas, como mi estado tubieras.

D. Ros. No conoce bien Don Carlos tu hipocresía, y cautela, ni que tu merito es solo, un merito de apariencia.

D. Jac. Tu que en realidad le tienes, y tanto de ello te precias

deseaste conquistarle, y no lograste la empresa.

D. Ros. Cómo no? Porque no quise no llevé la preferencia.

D. Jac. Siendo mi hermana mayor, cómo pudiste perderla?

D. Ros. Fué porque era para mí muy poca conquista aquella.

D. Jac. Con todo eso mi fortuna en tí la envidia despierta; como à hermana me estimabas, ya casada me desprecias.

D. Ros. Casada sí, con un tonto.

D. Jac. Alto aí. Si hay quien se atreva à injuriar à mi marido, yo emprenderé su defensa; y usted saldrá de esta casa sino procede mas cuerda.

D. Ros. De muy buena gana: yá es imposible que pueda vivir contigo un instante. Me sofocas, me deguellas, y aunque tengas diez maridos, he de hacer que te arrepientas.

Sale Don Carlos con un libro en la mano, Doña Rosa le tira del brazo, dexandole caer el libro, y le dice.

D. Ros. Venga acá el Señor Don Carlos, que para que se divierta, quiero contarle mil cosas.

Alzando la voz.

sepa usted que su parienta:-

D. Carl. No hemos quedado cien veces, en que jamás se profiera tal nombre? *D. Ros.* Vaya, Señor; dexese esa delicadeza.

D. Jac. Si tú como buen marido me estimas:- *D. Carl.* Muy bien empiezas: marido! Carlos me llamo. En suma, segun las señas, por frioleras quizá tuvisteis una refriega.

D. Jac. Qué, que? Frioleras dices?

D. Ros. Sí: no es mala friolera!

D. Jac. Usted, pues, Señor Don Carlos, (yá que manda que por fuerza se le dé este tratamiento;)

sepa que mi hermana:- *D. Ros.* Sepa que Jacinta:- *D. Carl.* Bien; las dos teneis razon.

D. Jac. Qué paciencia!

D. Ros. No hay que burlarse: se trata:-

D. Carl. Se trata de que esté quieta la casa. Yo no exámino

las causas de la querrela,
porque para averiguarlas
tendremos quèstiones nuevas.
Solo quiero que una, y otra,
convengais sabias, y cuerdas
en hacer las amistades.

D. Ros. Quién, yo? No sabe usted que esta
me ha despedido de casa?

D. Carl. Cómo! semejante idéa
en Doña Jacinta cabe?

D. Jac. Qué quiere usted que suceda,
si estaba ultrajando à usted

Doña Rosa en mi presencia?

D. Carl. Vaya, no hay que alborotarse
si era por eso la gresca;
que à mí injurias de mugeres
no me hacen la menor mella.

D. Jac. Eso es mucho despreciarnos.

D. Ros. Las mugeres no se truecan
por quantos ingenios hay,
entregados à las letras.

D. Jac. Para usted no hay nada bueno
sino está en letra de imprenta.

D. Ros. Frate usted con las mugeres,
que ellas à vivir enseñan.

D. Carl. Pues estamos bien! ahora
ya es conmigo la pendencia.

Señoras, si no hago caso

de que las damas me ofendan,

es por respeto à las faldas.

Veamos si se sostegan

ustedes, y me refieren

como empezó la quimera.

Doña Jacinta se pone à reflexionar.

D. Jac. A mi hermana que lo diga.

D. Ros. No, Señor: que lo diga ella.

D. Jac. Yo no me acuerdo. D. Ros. Ni yo.

D. Carl. Conque en resumidas cuentas,

reñís sin saber porqué;

pues yo daré aqui sentencia:

ò haced las paces; ò sois

locas hechas, y desechas.

D. Jac. Poco à poco.

D. Ros. La mas loca

de nosotras, es mas cuerda

que usted. D. Carl. Pues bien: usted riña,

si con eso está contenta.

D. Ros. Yo riño, quando me enfado.

Pero asi con esa flema con seriedad.

que usted gasta; no Señor.

D. Carl. Siento que ustedes suspendan

la quèstion, porque confieso

que las dos à competencia

me tenian divertido

con sus dichos, y vivezas.

Animense ustedes. Vaya;

se han cansado ya esas lenguas?

D. Ros. Oyes, divierte al Señor.

D. Jac. Qué diversion tan amena!

D. Ros. Pues no ha de reirse usted

por ahora à costa nuestra;

y harémos las amistades

solamente por la tema.

D. Jac. Aunque no pensaba en ello,
para siempre habré de hacerlas.

D. Ros. Venga esa mano.

D. Jac. Muy bien. se dan las manos.

D. Carl. A mucha costa se vengán.

D. Ros. Pues mejor para nosotras.

D. Carl. Ahora yá solo resta,

que para hacerme rabiar

se abracen. D. Ros. Jacinta: llega:

solo por eso un abrazo.

D. Jac. Bien está: lo que tu quieras.

Se abrazan.

D. Carl. Eso es; y yo para que ambas
conozcan quanto me pesa

de verlas ya tan amigas,

tambien quiero en recompensa,

abrazarlas. D. Ros. Ah! qué falso!

D. Jac. Engañónos con destreza.

D. Carl. Mi deseo se ha cumplido.

Abraza consecutivamente à las dos. Don

Dionisio llega à la sazon, se detiene ob-

servando à Don Carlos, y apenas habla, se

van corriendo las dos hermanas.

D. Dion. Aprieta, sobrino, aprieta.

Vaya que te aportas. D. Carl. Como!

que escucho! La voz es esta

Se queda inmobil sin mirar à Don Dionisio.

de mi tio Don Dionisio,

hay mas desgracias que lluevan

sobre mi? D. Dion. Perdone usted,

que interrumpa sus tareas

filosoficas, Don Carlos.

Quiénes son esas mozuelas?

D. Carl. Por Dios, tio, sin injurias;

estas son:- D. Dion. Dí.

D. Carl. Qué respuesta

le daré?

ap.

D. Dion. Voto al sobrino.

Habla. D. Carl. Sino se seréna

esa colera:- D. Dion. Usted es

un picaro, un calabera,

Señor Filósofo. Vaya:

aqui no valen zalemas;

y

y se me ha de responder clarito, que yo lo entienda:
D. Carl. Si, Señor, responderé, fácil es; pero quisiera ver à usted mas sosegado.
D. Dion. Por vida de:-
D. Carl. Usted se altera, y me corta, es menester:-
D. Dion. Soy yo acaso algun babeiaca?
D. Carl. Antes es usted discreto, y juicioso: à que se agrega que gasta buena salud, y disfruta muchas rentas. **D. Dio.** Toma!
D. Carl. Fuera de eso tiene, una ilustre parentela.
D. Dio. No preguntó eso. **D. Car.** También es fortuna no pequeña hallarse viudo, y sin hijos.
D. Dion. Al caso sin mas arengas.
D. Carl. Usted pues, goza el sosiego, y la libertad que anhela qualquier hombre de razon.
D. Dion. Canalla!
D. Carl. Le ama, y venera su sobrino, y sin embargo, de tan grandes conveniencias:-
D. Dion. Pues ese mismo sobrino que me estima, y me respeta, con tanta bachilleria, ya me rompe la cabeza.
D. Carl. Pero, Señor:-
D. Dion. Con que me hables dos palabras mas siquiera, te desheredo. **D. Carl.** Pues voyme, puesto que usted se impacienta.
D. Dion. No, no, es preciso decirme que ninfas eran aquellas.
D. Carl. Aquellas son dos hermanas.
D. Dion. Y que mas?
D. Carl. Son burgalesas.
Después de meditar un poco.
D. Dion. Adelante, seo Don Carlos.
D. Carl. Se iban ahora à la aldea, y yo sin malicia alguna, quise despedirme de ellas. No ha habido mas. **D. Dion.** A otra cosa. Vengo à cierta diligencia, que importa, y que ha de servirte de satisfacion completa.
D. Carl. Y à qué, Señor?
D. Dion. A casarte. **D. Carl.** A casarme?
D. Dion. Pues: no quedas agradecido? **D. Carl.** Sí, tío;

pero:- **D. Dion.** No hay pero, que tengas; traygo conmigo la novia, y deseo que la veas.
D. Carl. Pero quién es?
D. Dio. Mi entenada. **D. Carl.** Pobre de mi!
D. Dion. La propuesta parece que te disgusta segun lo que titubeas.
D. Carl. No, Señor. **D. Dio.** Es buen partido, y no hay que hacerse de pencas.
D. Carl. Es asi, pero no estrañe usted que yo me sorprenda:-
D. Dion. Bien está: vengo cansado, porque llevo de mi hacienda. Voy à tomar por refresco un trago de Valde-peñas, y à reposar; que despues trataremos la materia. *vase.*
D. Carl. Qué será de mi? Estoy muerto! qué hay?
La Narcisa que sale.
Narc. El Marqués de la Rueda; como usted pasó à buscarle, ha respondido que piensa comer hoy con usted. **D. Carl.** Otra! que vaya en una carrera el lacayo, y que le diga:-
Narc. No, no; el Marqués está cerca.
D. Carl. Donde? **Narc.** Aqui dentro de casa.
D. Carl. Pues dile, si acaso espera que mi tío:- **Narc.** El tal Marqués, quedaba ahora en la pieza de mi ama. **D. Carl.** De tu ama?
Narc. Sí; y el pobrecito se ingenia; se le encandilan los ojos, la echa flores, la requiebra, y aún se arrodilla à sus pies. Yo doy por cosa supuesta, que todo es por pasatiempo, y con aquella inocencia que ha conocido usted siempre en el:-
D. Carl. Ya, ya. Esto me quema. *vase.*
Con una risa por fuerza.
Mira, vé à decirle, (aguarda) no le digas nada: dexa, porque he de tener con él una larga conferencia. Quanto antes yo iré allá à verle.
Narc. Ahora que está en conversacion con mi ama, aunque usted no vaya, en un par de horas, no tema que se canse de esperar. *vase.*
D.

D. Carl. Yo lo creo, pero es fuerza hablarle en mi quarto à solas. Qué fortuna tan adversa es la mia! qué me pasa! loco estoy! sino te llevan de esta hecha à Zaragoza, Carlos, te escapabas de buena.

ACTO TERCERO.

Sale el Marqués.

Marq. Este tio de Don Carlos, es un singular modelo de grosería, y barbatie; como es travieso de ingenio, y áspero de condicion, no hay quien le sufra, y por eso el sobrino se ha irritado sin bastarle aquel sosiego, y Filosofia. El pobre, bien la ha menester:- Pasemos à ver à Doña Jacinta, mientras Don Carlos adentro goza la gran diversion de conversar con el viejo. Pero ya está aqui...

Sale D. Carl. Marqués; no pude venir mas presto: perdona, porque mi tio importuno, majadero...

Marq. Conmigo esas ceremonias? No sabes el sentimiento que tuve de haverte visto metido en aquel aprieto.

D. Carl. Qué imprudencia! perseguirme hasta mi propio aposento! hundirnos la casa à voces! interrumpirnos, y luego de repente atropellarte!

Marq. Y en suma, qué se ha resuelto?

D. Carl. Nada, porque habla de asuntos en que no nos compondrémos.

Con una entenada suya, quiere casarme. *Marq.* Tan necio habias de ser, que ahora pensases en casamiento?

No hay cosa como seguir la Filosofia: cierto que nadie sabe valerse de ella como tú. *D. Carl.* Está haciendo... *ap.* sin duda burla de mi.

Si sabrá ya mi secreto?

Es verdad que muchas veces... *al Marq.*

yo con poco miramiento, contra los pobres maridos he dicho mil vituperios.

Marq. Cómo; quieres desdecirte?

D. Carl. Sí, amigo; ya casi empiezo à tenerles compasion.

Marq. Pobre mozo! fuera bueno que estuvieras yá casado! han corrido por el pueblo ciertas voces... pero yo lejos de darles asenso, à algunos he reprehendido que forjaban este cuento.

D. Carl. En eso, Marqués, hiciste muy bien, y te lo agradezco.

Marq. Delante de mi ultrajarte! todo sufro menos eso.

D. Carl. Pero qué? Sería ultraje si yo acaso por exemplo:-

Marq. Tal ha sido, y tan sonado siempre en Madrid el empeño con que has colmado de elogios el estado de soltero; tanta lastima has mostrado, y tanta rechifla has hecho de todo, el que para siempre se esclaviza sin remedio; y en fin, te hemos visto hacer tan solemne juramento de mantener la conducta de Filosofo, viviendo sin casarte; que si ahora tiene el público recelos de que eres novio; será capáz de ponerte un pleyto. Maridos, casadas, mozas, niños, muchachos, y viejos se reirían de tí.

D. Carl. Y con mucho fundamento. *ap.* Si llega à saber este hombre mi boda; lucido quedo.

Marq. Bien conoces la franqueza con que te hablo. *D. Carl.* Yá lo veo.

Marq. Dí; no es verdad que Jacinta es tu amiga, y no mas?

D. Carl. Cierto.

Marq. Yo he dicho siempre lo mismo, y todavia defiende, que delante de tí puede decirse que hay un sugeto que la estima, que la adora...

D. Carl. Sí; pero que me importa eso?

como cortado.

Hay

Hay mayor martirio... *ap.*

Marq. Escucha, hablando aqui sin rodeos, yo la quiero. *D. Carl.* Te chanzas?

Marq. La idolatro. *D. Carl.* No lo creo.

Marq. De veras. *D. Carl.* Tanto peor.

Yo mas que tú me avergüenzo; pues segun nuestra doctrina, ya ni uno ni otro podemos enamorarnos jamás:

y asi toma mi consejo, y dexate de Jacintas.

Marq. No puedo, amigo, no puedo, y soy capáz de casarme con ella; porque estoy ciego.

D. Carl. Braba burla harán entonces todos de tí, y yo el primero.

Marq. Yo heredo un titulo illustre, un mayorazgo opulento, mis parientes quieren darme estado; y estos pretextos disculparán mi flaqueza:

fuera de que es tal mi genio que si de mi se riéren algunos, yo muy sereno les ayudaré à reir:

con que asi no disputemos: esta es cosa decidida, y que en breve tendrá efecto, como con aquella dama seas tu mi medianero.

D. Carl. Quién? Yo?

Marq. Sí; siempre he contado con tu favor...

D. Carl. Muy mal hecho. *encolerizada.*

Marq. De que proviene ese enojo?

Tal me parece el imperio que en Doña Jacinta tiene tu dictamen, que... *D. Carl.* No quiero contribuir à que nadie cometa esos desaciertos.

Marq. Aqui viene yá, procura no disuadirla à lo menos de que se case conmigo.

D. Carl. Bien: eso yo lo prometo.

Sale Doña Jac. Si habrá revelado yá *ap.* al Marqués todo el misterio...

Marq. Como es fiel amigo de ambos, *à D. Jac.*

Don Carlos, le he descubierto aquel secreto, Señora.

D. Jac. Los dos ninguno tenemos. Usted dice que me quiere:

yo respondo que estoy lejos de querer à usted jamás.

Es este todo el secreto?

D. Carl. Viva! eso es contar las cosas

à D. Jac.

sin circunloquios superfluos.

D. Jac. Tiene usted mas que decirle?

al Marqués.

Hable usted. *D. Carl.* Vaya: sin miedo.

D. Jac. Hay respuesta que dar?

Marq. Muchas. *D. Jac.* Vamos.

Marq. Por largo tiempo *à D. Jac.*

he creído que Don Carlos tributaba à usted obsequios, y que en secreto aspiraba à tener à usted por dueño.

Pero ya él mismo me ha dicho

que observando los preceptos de cuerda Filosofia,

solamente un buen afecto

es lo que usted le merece.

De aqui adelante con esto,

seré algo mas atrevido.

Mientras está hablando el Marqués mira D. Jacinta à D. Carlos encogíendose de hombros, y le hace señas de que calle.

D. Jac. Lo has oído yá. *en secreto à D. Carl.*

D. Carl. Silencio. *en secreto à D. Jac.*

Marq. Si entregar mi libertad, *à D. Jac.*

à usted es atrevimiento:::-

si lo es afirmar, que siempre

quisiera vivir mi pecho

sujeto al feliz dominio

de usted...

Doña Jacinta quiere hablar, y Don Carlos le hace señas de que calle.

D. Jac. Pues como... *Marq.* Si peço

en sacrificar à usted

vida, y caudal, pretendiendo

unir nuestros corazones

con lazo firme, y estrecho;

aqui estoy: venguese usted

de mi amor, y rendimiento.

D. Carl. ap. Un papel hago yo aqui, lucidisimo por cierto!

D. Jac. Levantese usted al punto,

al Marqués.

ò me voy. *Marq.* Este es el premio de mi fineza?

D. Jac. Esto sufres?

à D. Carl.

D. Car. Calla por Dios...

en secreto à Doña Jacinta.

Lo

Lo que infiero *en alta voz* de todo esto es, que el Marqués, aunque adora à usted muy tierno, no logrará correspondencia; que se cansa sin provecho; y que para quietud propia debe apagar el incendio de tal pasión, à no estar fundada en consentimiento de parte de usted, que entonces sería error manifiesto.

D. Jac. Bien; diga el Marqués, si yo aún con favores ligeros le he dado alguna esperanza.

D. Carl. Voyme ya, porque sospecho que mi presencia le impide hablar aquí sin recelo.

D. Jac. Para mí, Don Carlos, es agravio ese cumplimiento. No se vaya usted ahora: como amigo verdadero mio, y del Marqués, sabrá de su boca todo el hecho.

Diga usted la verdad clara. *al Marq.*

Marq. Sí, para eso soy ingenuo.

D. Carl. Cuéntame pues quales eran

Poniendose en medio de los dos.

sus dichos, miradas, gestos;

si animó Doña Jacinta

su amor à veces con ellos.

Pues no juzgaré bien, si algo te dexas en el tintero.

D. Jac. Solamente como amigo, *como picada.*

Don Carlos se mezcla en esto:

y es tan imparcial, que sé

no disculpará mis yerros,

como usted prueba que yo

he admitido sus obsequios.

D. Carl. Si si: pierda usted cuydado.

Yo seré juez bien severo.

Vaya, Marqués. **Marq.** Digo en fin,

que quando yo tuve alientos

de declarar à esta dama

mi amor (para que confieso

que me valí de una arenga

muy ridicula) me acuerdo

que soltó una carcajada

dexandome como un yelo.

D. Carl. Hasta ahora vá muy bien.

Marq. Picado de este desprecio,

juré no volver à verla.

De allí à diez dias, saliendo

de tu quarto, pasé al suyo:

y quando formé el concepto de que ella se reiria de verme volver tan presto, me recibió seria; y yo tuve que estar circunspecto en su presencia; cortado por segunda vez. **D. Carl.** Y luego?

Marq. Conocí mi tontería, fuíme, y callé como un muerto.

D. Carl. Qué mas? **Marq.** Pasados tres meses, enamorado de nuevo, volví à verla, y me mostró el semblante muy risueño.

D. Carl. Risueño? *con viveza à D. Jacinta.*

D. Jac. Ya se ve: mucho. *sonriendose.*

Marq. Luego en tono placentero, me dixo que si aspiraba à agradarla, su deseo era mostrarme ella misma para conseguirlo un medio: y me obligó à dar palabra de observarle...

D. Carl. Bueno, bueno. *como asfijido.*

Marq. Maspues que juré cumplirlo, (antes de saber su intento) oye: esto te ha de dar golpe.

D. Carl. Habla pues sin mas rodeos.

Marq. Me dixo con seriedad:

Señor Marqués, aunque aprecio las atenciones de usted, no se las pago, ni puedo.

Mi hermana, que está dotada de prendas que yo no tengo, corresponderá sin duda

à ese cariño, y respeto:

si quiere usted complacerme, consagrela sus afectos;

que ella con sus muchas gracias borrará (como lo espero)

de la memoria de usted

mi nombre. Si con mis ruegos

no consigo este favor, escuse usted desde luego

visitarme. **D. Carl.** Son razones propias de muger de seso...

Marq. Qué elogios estos ahora!

medio enfadado.

quedé en fin hecho un veneno, al verme burlado así...

pero no paró aquí el cuento.

D. Carl. Cómo no? Pues que mas hizo?

Marq. Darme desde entonces celos.

D. Carl. Con quién?

Marq.

Marq. Eso es lo que ignoro: solo sé que con despego me dixo: que se moria por otro, y que el mundo entero no podrá obligarla à ser desleal.

D. Carl. Es esto cierto? à D. Jac.

D. Jac. Amor tengo; y tendré siempre: lo dixe, y no me arrepiento.

D. Carl. Marqués, lo quieres mas claro? No sé como despues de esto continuas en quererla, habiendo tantos empeños entre las mas bellas damas, por conseguir tus obsequios.

Marq. Comunmente es el castigo de un pecho esquivo, y sobervio amar, y que le aborrezcan.

Mas al fin, si acaso llevo à librarme del amor

que à Doña Jacinta tengo, la despreciaré en venganza.

D. Carl. Vengate sin perder tiempo.

D. Jac. Estos desprecios me gustan.

Marq. Pero Don Carlos; supuesto que yo tan sincéramente te hé descubierto mi pecho, porque no hablas con franqueza? Dime, eres tu el digno objeto por quien à mi me maltrata?

D. Carl. Ya me voy de aquí, y te dexo à solas con ella: mira si à poder de rendimientos puedes lograr que en mi ausencia te trate con menos ceño.

Con ella quieres casarte; y desde ahora protesto

que como ello pueda ser, por mi parte lo consiento.

Pero yo que la conozco, sé que si tiene ya puesto

su amor en uno, sin duda desperdicia tus requiebros.

Busca otra novia, Marqués: esto es lo que te aconsejo,

por lastima que me causas, y amistad que te profeso. vase.

Marq. El penetra el interior de usted; y habla satisfecho.

D. Jac. Nada à Don Carlos oculto.

Marq. Señora, yo me accontento con merecer otro tanto.

D. Jac. No confío mis secretos

de otro que de él; porque basta solo un amigo, si es bueno.

Marq. Los amigos de esa especie, son amantes encubiertos.

D. Jac. Ya sea amigo, ya amante, yo le estimo, y le venero.

Y no tendría verguenza de decir mas. *Marq.* Con que luego Don Carlos es el dichoso?

D. Jac. Asi puede usted creerlo si gusta; que yo no haré por desengañarle de ello.

Marq. Pues ya lo doy por sentado; pero sin vanidad pienso, que valgo tanto como él.

D. Jac. Eso vá en gustos; y habiendo un corazón de entregarse, no se detiene en cotejos ni exámenes, y se dexa llevar de su ardor sin freno.

Marq. En fin, la Filosofia la agrada à usted?

D. Jac. No lo niego. *Marq.* Lo dudo.

D. Jac. Pues sepa usted

que ya mi alma tiene dueño: que aunque un Rey me pretendiese fueran vanos sus esfuerzos; y siempre sería uno solo, toda mi gloria, y recreo. vase.

Marq. Mas me admira su constancia; que me afligen sus desprecios.

Muger firme es un prodigio desconocido, que créo formó la naturaleza solo para mi tormento.

Sin embargo; à pesar mio y à pesar de los consejos de Don Carlos, la idolatro; si me valiese un proyecto...

Esta es Doña Rosa, à quien dice su hermana que puedo entregar mi corazón.

Quiero ofrecersele; y esto no es obediencia à Jacinta, si vanidad, y despecho.

Sale D. Ros. Me fastidía este Marqués ap.

tan quixote; pero viendo que no se rinde à mis ojos, y que falta este troféo

à mi gloria, es necesario conquistarle: asi pretendo

dár que sentir à Don Luís.

Marq. Es muy peligroso encuentro

- este para mí, Señora.
- D. Ros.* Buen principio: *ap.* Don Luis escucha escondido el paño.
- Marq.* No me acerco fingiendo querer retirarse.
- à esa beldad, por temer
me deslumbren sus reflejos.
- D. Ros.* Son reflejos muy opacos. Con gracia, y agrado.
- Marq.* Ha dias, (yo lo confieso)
que me cuesta la hermosura
de usted, bastantes desvelos.
- D. Ros.* Yà à mí me lo parecia: *ap.*
siempre he sentido dispuesto al Marq.
mi corazon, à estimar
las prendas de usted, que es cierto
son de estimacion. *Marq.* Señora,
solo estimacion merezco?
- D. Ros.* Qué? Le parece à usted poco?
- Marq.* Y si por dicha mi pecho,
se declarase prendado
de ese atractivo, y despejo?
- D. Ros.* No lo creyera. *Marq.* Y porqué?
- D. Rosa.* Porque apenas me contemplo
Cubriendose el rostro con el abanico.
digna de tanta fortuna.
- Marq.* Tiene usted verguenza, ò miedo
de hacer tal declaracion?
Acabala usted; en premio
de mi pasión, y firmeza:--
- D. Ros.* Marqués, dexese usted de eso:
calle usted. Qué buena alhaja!
para que me está fingiendo
que me quiere, si es usted
quantas veo tantas quiero?
- Marq.* Solo à usted, Señora, adoro,
y será mi amor eterno.
Quién ha de tener valor *ap.*
de mentir como yo miento?
- D. Ros.* Yó no me atrevo à ofrecer
que será tan fiel mi afecto
como el de usted; pero está
mi corazon tan propenso
à favorecerle siempre,
que palpitando allá dentro,
me dice... *Marq.* Qué dice?
- D. Ros.* Nada. afectando disimulacion.
Este picó en el anzuelo. *ap.*
- Marq.* Qué faciles, y creídas
son estas que no teniendo
aficion à nadie, escuchan
por vanagloria à trescientos! *ap.*
- D. Ros.* Estos amantes novatos, *ap.*
- son mas frios que un Enero.
- Marq.* Qué piensa usted?
- D. Ros.* Contemplaba
esas gracias. *Marq.* Yo suspenso
me estaba admirado ahora
de las de usted, como debo.
- Sale D. Luis.* Yo creí que eran ustedes
valientes: pero ya veo
que al primer choque se rinden.
- D. Ros.* Yà está celoso: me alegro: *ap.*
con que usted nos escuchaba?
- D. Luis.* Todo oí desde aquel puesto.
- Marq.* Asi lo sabrá Jacinta, *ap.*
y eso es lo que yo deseo,
à vér si de envidia, y rabia,
acaso muda de intento...
Me admira, Señor Don Luís,
que usted... *D. Luis.* Cómo? Caballero...
- D. Ros.* Perdone usted. Que el Señor,
al Marqués.
con sus celós:-- *D. Luis.* No los tengo.
- D. Ros.* Como no!
- D. Luis.* Soy yo algun loco?
Yo celoso? Ni por pienso.
- D. Ros.* Habrá insolencia mayor!
- D. Luis.* Yo, ni he contado mi cuento
con la firmeza de usted.
- D. Ros.* Ah traydor!
- D. Luis.* Y será un necio,
quién espere que usted tenga
amor fino, y duradero.
Mudarse usted, no es milagro:
ni lo extraño, ni lo siento.
- D. Ros.* Me parece que aqui mismo *ap.*
le ahogára. *Marq.* Yà lo entiendo.
Mas feliz soy que creía,
pues que no solo merezco
que me haya entendido usted,
sino que se haya resuelto
à ser infiel por mi causa.
- A. Dios, Señora: verémos
si recupera Don Luís
la gracia de usted muy presto;
y segun usted le trate,
asi sabrémos el riesgo
à que se expone, quien piense
querer à usted mucho tiempo. vase.
- D. Luis.* Como la ha calado à usted!
- D. Ros.* Bien está: y qué privilegio
tiene usted para azecharme?
Antes si mal no me acuerdo
dixe à usted, que no me hiciese
mas visitas; pero lejos

de obedecerme, no solo ha tenido atrevimiento de venir quando el Marqués le estaba haciendo mal tercio, sino tambien de fingir que esto no le causa zelos.

D. Luis. Vuelvo à asegurar que no.

D. Ros. Pues cómo asi?

D. Luis. Porque veo, que el amor que el Marqués jura à usted, es todo embeleco: que usted promete pagarle, y le engaña como à un negro. De esta ficcion quiere usted, que tenga yo zelos! Bueno!

D. Ros. Y no puede gustar otro de mí, como usted? *D. Luis.* No es eso; sino que el Marqués jamás la tendrá amor verdadero.

D. Ros. Porqué?

D. Luis. Porque están ustedes muy encontrados de genios.

D. Ros. Pues yo le digo à usted, que él está por mi loco, y ciego.

D. Luis. Y yo, Señora, respondo, que tiene otro galantéo.

D. Ros. Y cuál es? *D. Luis.* Doña Jacinta.

D. Ros. Mi hermana?

Vaya: eso es cuento. *D. Luis.* Lo juraré.

D. Ros. Disparatè!

D. Luis. Señora, es el evangelio.

D. Ros. Pues como me solicita?

D. Luis. Eso es lo que yo no entiendo.

A no ser que despechado, de que no hayan hecho aprecio de su amor, ofrece à usted en despique sus obsequios...

La Jacinta informará à usted de lo que hay en esto.

D. Ros. Cómo? Solo por vengarse me está el Marqués requiriendo? De un corazon que desprecia mi hermana, he de ser yo dueño? El, ò usted piensan que yo sirvo à falta de hombres buenos?

D. Luis. Quién entrega su alvedrío, no manda en su entendimiento, ni se para en reflexiones. Aqui estoy yo por exemplo, que sin resistencia alguna, me rendí à esos ojos bellos apenas los ví *D. Ros.* Si usted me quiere, tiene mal pleyto.

Yo no puedo atravesarle.

D. Luis. Otra cosa queda dentro.

D. Ros. Lo mismo dice la boca, que el corazon. *D. Luis.* No lo creo, aunque usted siempre lo dice.

D. Ros. Qué confiado, y satisfecho habla usted! no hemos reñido?

D. Luis. Para hacer las paces luego.

D. Ros. Las paces! sí: buena gana!

D. Luis. Usted se alegrará de ello

interiormente; pues sé que me está queriendo en medio

de sus estrañas idéas;

que me ha destinado el Cielo

para su amante; y que solo

quién tubiese el sufrimiento

que yo, pudiera intentar,

la conquista de ese pecho.

De su corazon de usted,

ninguna sospecha tengo,

porque bien he conocido

que él no tiene parte en eso,

que es de suyo generoso,

sincéro, inocente, bueno,

y à pesar de estos caprichos,

leal, y amante en extremo.

D. Ros. Yo no sé lo que me pasa...

su semblante humilde, y tierno,

sus palabras... Ah! traydor!

siempre has de salir venciendo.

Salen Don Carlos, y Doña Jacinta.

D. Carl. No me haga usted tal ptegunta, proceda como la advierto; y suspenda ahora el llanto.

D. Jac. Quando tan próxima veo

mi desgracia, quiere usted

que esté muda, y con sosiego?

D. Carl. A Dios, desde hoy seré ya

la irrision de todo el pueblo.

D. Luis. Qué hay de nuevo?

D. Jac. Que su tio

ha llegado. *D. Ros.* Y que tenemos?

Eso pronto se remedia

con decirle sin rodeos,

que nos dexé ahora en paz,

y que se vaya à paseo.

D. Carl. Bien dicho! de tal cabeza

esperaba tal consejo.

D. Jac. No sabes, hermana mia,

en que lance tan estrecho

me ha puesto su tio? *D. Ros.* Y es?

D. Jac. Que pretende con empeño

casar à Don Carlos. *D. Ros.* Sí? *riendose.*

Es muy gracioso proyecto!

D. Jac. Y además de esto...

D. Ros. Buen golpe!

D. Jac. Ha ido ahora à traernos la novia, que es una niña, (segun noticias que tengo) muy hermosa, y de trece años.

Sale D. Dion. Ea, sobriano, vén luego à recibir à tu novia.

Todavía la tenemos à usted por aqui? *à D. Jac.*

D. Carl. Decir que el viage se ha descompuesto.

D. Jac. Porqué? *D. Carl.* Despues se sabrá.

D. Dion. Ha poco que me dixeron que estas dos Señoras eran de Burgos, y que partiendo ahora à su lugar...

D. Luis. Señor, *à D. Dion.* aunque cierto impedimento que se ha ofrecido, difiere por hoy su partida; espero que mañana marcharán.

D. Dion. Lo mejor es lo mas presto porque de verlas aquí, me dá un enfado tremendo.

D. Ros. La abominable presencia de usted, ese horrible espanto nos enfada mas. Don Carlos, ya estoy harta de misterios, y si usted no los descubre, diré lo mio, y lo ageno. *Vase.*

D. Dion. Qué es lo que esa muger habla? Qué quiere decir aquello?

D. Carl. Tiene ratos de locura, y desbarra... *Sale un Criado.*

Cria. Un Caballero que se llama Don Estevan, quiere entrar. *D. Car.* Qué dices? Cierto? El que ha llegado es mi Padre?

Cria. Asi lo dice alomenos.

D. Dion. Con que el loco de mi hermano... A que viene aqui ese viejo?

D. Carl. Tio, no le injurie usted.

D. Dion. Y que se te dá à tí de eso?

D. Carl. Mucho; porque como à Padre, siempre le amo, y reverencio.

Vase el criado, y sale Don Esteban, y abraza à Don. Carlos.

D. Est. Yá, hijo mio, llego à verte! juzga tu si lo celebro.

D. Car. A no entrar usted tan pronto iba à salirle al encuentro.

D. Dion. Y bien? Qué buscas aqui?

à Don Esteban.

D. Est. Me parece que bien puedo venir à vér à mi hijo.

D. Dion. Por ahora lo dispenso. *à D. Carl.* Oyes, este viene à vér como te chupa el dinero.

D. Carl. Para mi son sus visitas muy gratas en todos tiempos. Cómo usted contra un hermano prorrumpes en tales denuedos? Es mi Padre, y aunque siempre como buen hijo procedo; sé que no podré jamás pagarle lo que le debo.

D. Est. Bien conozco el corazon de Carlos, y quan diverso del suyo es el de su tio. Hijo, bendigate el Cielo, dexa que mi hermano diga quanto quisiere, y gocemos la dicha de vernos juntos.

D. Dion. El será hombre de provecho. *à Don Esteban.* solo con sus bendiciones.

D. Carl. Mil veces mas las aprecio *à Don Dionisio.* que todo el caudal, y herencia de usted, Filósofo terco.

D. Dion. Un Padre por lo comun cuyda del mantenimiento de su hijo; aqui es al revés, porque el hijo es quien sabemos que de diez años acá...

D. Est. Es mayor gloria, y consuelo para mí, que él me mantenga, que mantenerle: el contento de tenerle por arrimo de mi vejez, en mi pecho causa una dulce ternura de que está el tuyo muy lejos.

D. Dion. Pero quien ha motivado la pobreza en que te vemos?

D. Est. Mi honor. *D. Dion.* Señora, palabra, que oygo siempre, y nunca entiendo!

D. Est. Solo entiendes de interés, y de ganancias. *D. Dion.* Para eso me levanto con estrellas.

D. Est. Nunca yo mi nacimiento he desmentido aunque pobre: y à pesar de los sucesos, que me han arruinado, asi mi reputacion conservo.

D. Dion. Sí: mucho te engordará la fama de tus abuelos! mas padre soy yo, que tú; tú dexarás pereciendo à ese hijo tan querido, pero yo le hago heredero de mis bienes, y le caso. Se ofenderá usía de ello?

D. Est. No: muy noble es esa accion... y de quién he de ser suegro?

D. Dion. De una niña muy ilustre, hija (abreviemos el cuento) de mi difunta muger.

D. Est. Sabe Dios quanto me alegró; porque esa dama, y su esposo, que esté en gloria, eran sugetos muy distinguidos... Hermano, antes de este casamiento, reconciliemonos; hijo, al bien que te envia el Cielo, corresponde mi alegría.

D. Carl. Muy bien, Señor, pero encuentro un gran estorbo... **D. Est.** Qué estorbo? Vamos: yo estoy satisfecho.

D. Carl. Pero la novia es tan niña...

D. Dion. El diablo tiene en el cuerpo este sobrino; no ves que en unos años tan tiernos...

D. Est. Disparate! disparate! vamos sin perder tiempo, à disponer esta boda.

D. Dion. Sí: salgamos de ella luego,

D. Carl. Para perder la paciencia, no me faltava mas que esto.

ACTO CUARTO.

Sale Don Carlos.

D. Carl. En mi triste situacion, perplexo, nada decido. Mil proyectos se ofrecen, *me* y apenas à uno me inclino, quando de pensar en otro muy opuesto, pierdo el juicio.

No sé donde voy, ni donde estoy. *Sale D. Est.* Ya te hallé, hijo mio; ando ha rato en busca tuya; desde que estube contigo, me has puesto en mucho cuydado.

D. Carl. Me hallaba indispuesto.

D. Est. He visto lo disgustado que estabas, ahora mientras comimos.

Algo sientes, que te pone tan suspenso, y affigido.

Tú, que à todos divertias antes, con tu humor festivo, apenas nos hablas hoy, de suerte que hasta tu tío (que no se altera de nada, por mas que riña, y dé gritos) ha sentido tu silencio.

Hablame sin artificio:

qué tienes? **D. Carl.** Nada, Señor.

D. Est. Me engañas. **D. Carl.** Yo?

D. Est. Sí; repito:

si mi venida te causa pesar, me volveré hoy mismo.

D. Carl. Cómo? Yo estaré pesaroso de ver à usted? Tal delito cabe en mi? No viva yo si hay para mi regocijo, como el de gozar su vista.

D. Est. Lo creo:: Mas que motivo te entristece de ese modo? Algo te habrá sucedido.

D. Carl. Puede ser. **D. Est.** Medias palabras? no soy tu Padre, y tu amigo? Y no debo tambien serlo, de un hijo de quién recibo en mi vejez, y pobreza, mil favores, mil auxilios?

D. Carl. Ah Señor! eso es correrme si haciendo lo que he debido he agradado à usted, pretendo en premio de mis servicios, que no me hable de ellos mas.

D. Est. Aunque nunca los olvido, callaré por darte gusto, con tal que me juzgues digno de no ignorar tus secretos.

D. Carl. Sí: por confidente elijo à mi Padre:: Pero apenas quiero hablar, me desanimo.

D. Est. Estraño que desconfies, así de un amigo fino.

D. Carl. Padre, compasion merezco, y no cargos. **D. Est.** Yo colijo, que tu Matrimonio es causa de que estés tan pensativo.

D. Carl. Qué Matrimonio? Si acaso *ap.* lo sabrá yá? **D. Est.** El que Dionisio te propuso. **D. Carl.** A la verdad, me ha puesto en un gran conflicto.

D. Est. Yá la conocí yo bien. Te ha robado el alvedrío

otra

- otra dama? *D. Carl.* Sí, Señor.
- D. Est.* Tal vez habrá precedido algún empeño. *D. Carl.* Y muy grande.
- D. Est.* Eso lo siento infinito; pero no importa; prosigue.
- D. Carl.* No es posible. *D. Est.* Yo lo pido: las lagrimas se te saltan, y pierdes el color: hijo, porque te echas à mis pies? *se levanta.* Todo lo apruebo, y permito. Dí: corresponde à tu clase el dueño que has elegido? *D. Carl.* Sí.
- D. Est.* Pues quién es? *D. Carl.* Mi muger.
- D. Est.* Tu muger! Qué? Eres marido?
- D. Carl.* Casado estoy de secreto.
- D. Est.* Bien: ahora no me sirvo de la autoridad de Padre. Mas porque no me lo has dicho?
- D. Carl.* En mi boda no atendí al interés, si al cariño. Escogí una Señorita de un genio amable, y benigno, sin mas dote ni riquezas que su hermosura: hice juicio, de que usted se ofendería, y por eso le he tenido oculto mi casamiento: todo Madrid así mismo le ignora. *D. Est.* Tiene tu esposa entendimiento, atractivo y cordura? *D. Carl.* En alto grado.
- D. Est.* Pues buen Matrimonio ha sido.
- D. Carl.* Tanta bondad me cautiva; ya me siento mas tranquilo.
- D. Est.* Donde vive? *D. Carl.* Aquí Señor. Ella, y yo somos vecinos; está con una muger, que dos años há convino en pasar por tia suya; y de esta suerte me libero de las sospechas del barrio. Tiene igualmente consigo, à una Doña Rosa, hermana de mi muger, que inferimos se casará antes de mucho con Don Luís mi amigo antiguo.
- D. Est.* Falta para entretener à tu tio, algún arbitrio. Jamás debemos contarle el lance, porque imagino que no aprobará tu boda, y te privará en castigo de su herencia. *D. Carl.* Así lo temo.
- D. Est.* Yo con mis buenos oficios te ayudaré por mi parte. Has de fingir al principio que aceptas el matrimonio; luego en terminos sumisos, pedirás que te dé tiempo, aunque sea un plazo fixo, y con esta dilacion podremos... *D. Carl.* Yá está entendido.
- D. Est.* Pues aquí viene mi hermano; hijo cuenta con lo dicho.
- Sale D. Dion.* Os burlais ambos de mí? Vaya que esto está perdido! levantaros à los postres, uno tras otro, y saliros dexandome allí plantado! si tú fueres, hijo mio... pero no lo es sino tuyo. En todo es muy parecido à tí, eso es lo que siento.
- D. Est.* Me insultas! *D. Dion.* No me desdigo.
- D. Est.* Puedes decir quanto quieras. Carlos, y yo nos venimos à tratar... *D. Dion.* Es culpa mia, que el hijo sea lo mismo que su padre? *D. Est.* Yo la tengo: vaya, es preciso... *D. Dion.* Es preciso que tenga modo, y me imite.
- D. Est.* Ya se vé. *D. Dion.* Señor sobrino, à donde ha aprendido usted, à dar muestras de fastidio en la mesa, y levantarse antes que nadie? Qué lindo!
- D. Carl.* Merezco perdon, porque...
- D. Dion.* Cómo? Dexar à tu tio con tres botellas à solas! quando bebo, necesito que me acompañen, sino se me avinagra à mí el vino.
- D. Est.* Hablabamos de la boda.
- D. Dion.* Mañana ha de sér el chico, ò novio, ò desheredado.
- D. Carl.* Pudieramos diferirlo; y así... *D. Dion.* La suerte está echada.
- D. Est.* Y ha de ser tan de improviso?
- D. Dion.* Bueno soy yo para flemas! ò se quiere, ò no, clarito.
- D. Carl.* Jesus, que hombre!
- D. Dion.* Los parientes, de cierto Marqués muy rico, Caballero de alta clase, y en la Corte muy bien quisto, se empeñan con el hermano

de mi muger, y contigo, pretendiendo à mi entenada; y aunque nunca he dado oídos, à sus ruegos, si me enfado podré escucharlos propicio.

D. Carl. Usted, Señor, es muy dueño, de aceptar ese partido.

D. Est. No: Carlos quiere agradarte: pero quando los designios son de asuntos delicados...

D. Dion. Ahora no te pedimos que nos ensartes sentencias, en fin, qué ibas à decirnos?

D. Est. Que tus intentos son justos, y no apruebo ni autorizo que Carlos no se conforma. Pero como él ha seguido siempre la Filosofia...

D. Dion. Pues de eso, de eso me irrito.

Y que es Filosofo? Un loco que dice mil desvarios:

que quiere hacernos creer con sùtiles silogismos,

que à medio dia hay estrellas, y que dos, y dos son cinco.

Que buscando la verdad vive en un error continuo,

casado con sus idéas, y extravagancias: un vicho inútil en el estado:

necio por todos caminos, de entendimiento muy pobre,

y de palabras muy rico.

D. Carl. No adopte usted la opinion del vulgo poco instruido.

Eso es pintar un pedante; y no un Filosofo, tio.

D. Dion. Allá se vá à salir todo.

D. Carl. Perdone usted: son distintos.

El buen Filosofo no es en sus razones prolixo;

antes prefiere las cortas: sabe que no descubrimos la verdad, sino preceden

la reflexion, y el retiro...

su fin es obrar de suerte, que no esté expuesto al peligro de tener que avergonzarse:

vencerse siempre à sí mismo, no defender su opinion

contra todos por capricho, sino hablar con sus acciones:

fundandó solo en el juicio,

verdad, y hombría de bien su sistema, y sus principios.

Magnanimo en la desgracia, nunca en la fortuna altivo,

sin conocer mas deleite que la virtud. Muy benigno con los mortales viciosos,

y enemigo de los vicios.

El Filosofo que observe otra conducta, es indigno de tal nombre.

D. Dion. Y tú la observas?

D. Carl. No por cierto, pero aspiro à seguirla.

D. Est. Carlos gana, en que sea conocido su corazon, y talento.

El Filosofo repito: por cuya razon, en quanto à casarse, pronostico,

que siempre procederá cuerdamente: bien sabido es, que el prudente...

D. Dion. El prudente no eres tú; y me ratifico,

en que es un loco de atár quien desprecia el beneficio de una novia joven, rica,

y de padres distinguidos.

D. Est. Carlos necesita tiempo para pensarlo.

D. Dion. Maldito; si es buen partido, qué dudas?

D. Carl. Que ella me tenga cariño.

D. Est. Es menester que con maña y con obsequios rendidos,

procure adquirir su afecto; y al fin..

D. Dion. Bien: doy mi permiso; pero eso se hace en un dia.

D. Carl. Fuera amor muy repentino; y es imposible que yo,

habiendo tantos indicios de que me aborrece...

D. Est. Un dia! vaya: somos aqui niños?

D. Dion. Quántos han de sér?

D. Est. Un mes, ó acaso dos son precisos.

D. Dion. A Dios, yo la haré Marquesa.

D. Est. Mas... aguarda...

D. Dion. Señor mio, à *D. Carl.* quiere usted la novia, ó no?

D. Est. Si, si: pero tu sobrino...

D. Dion. Ocho dias doy de plazo.

D. Carl. Poco es. *D. Dion.* Mal contentadizo, tienes que hablar todavía?

D. Est. Para no hacerte mal quisto,

conformate.
D. Dion. Con que en fin, esto queda decidido.
 De aquí ocho días, casorio.
D. Carl. Es posible? *D. Dion.* Cabalito; ò sino te han de salir bien caros tus desatinos. *(vase)*
D. Est. Yá el asunto dá mas treguas. No es poco haber reducido al barbaro de mi hermano. Falta vér si descubrimos, quién es el Marqués que pide la entenada de tu tio: si despues que él se sosiegue, con astucia lo averiguo, procuraré persuadirle, à que admita aquel partido. Si él dá la novia al Marqués evitarás el perjuicio, de que te niegue la herencia; y entonces te queda arbitrio, para publicar tu boda.
D. Carl. Publicarla! ni en un siglo.
D. Est. Porqué?
D. Carl. Porque si no guardo el secreto, estoy perdido.
D. Est. Si tu tio se conforma, has de temer? Qué delirio!
D. Carl. No temo à mi tio, no; sino el que dirán. *D. Est.* Me admiro de tu reparo. No tiene tu muger los requisitos de bien nacida, y honrada?
D. Carl. Si tiene; y es un prodigio de recato, y hermosura.
D. Est. Pues de que te afrentas, hijo?
D. Carl. Recelo que todo el pueblo levante contra mí el grito. Quanta burla hará de mí el gremio de los maridos, que tanto he satirizado! ah Padre, mientras consigo desechar este temor, sirvame usted de padrino ayudandome à ocultar el secreto. Mi martirio es un Marqués de la Rueda, burlón eterno, y perdido por mi muger. *D. Est.* Formal?
D. Carl. Sí.
 Contemple usted mi suplicio. A trueque de no pasár por su esposo, le permito

que la requiera de amores, aún delante de mi mismo.
D. Est. Caso extraño!
D. Carl. Y vergonzoso; pero yo nada público, hasta que el Marqués se case, y mientras yo no haya huído cien leguas de este lugar.
D. Est. Y porqué? *D. Carl.* Si he de decirle claramente, no me atrevo en este púeblo maligno, à hacer papel de casado.
D. Est. No gradúo de delito tal resolucion, pues tú tendrás allá tus motivos. Solo quiero procurar el logro de tus designios, y voy à hacer diligencias con el secreto debido. *(vase)*
D. Carl. Si Jacinta, y Doña Rosa no me ayudan, desconfio
~~Salen D. Jacinta, D. Rosa, y Narcisa~~
 del éxito. *D. Ros.* El se ha aportado muy mal. Eso es lo que digo: me la ha de pagar. *D. Jac.* Hermana, tal véz habrá consentido en ser tuyo. *D. Ros.* Aunque él me adore le aborrezco, le abomino. Yo sobras tuyo? *D. Carl.* Qué es eso? de quién hablais? *D. Jac.* Conferimos à cerca del Marqués.
D. Ros. Cómo? *à D. Jac.*
 Dedicarme sus suspiros, puramente por venganza! Qué hombre habrá de gusto, y tino, que mas estime tus prendas que las mias? Es preciso sea Filósofo, ò tonto, quién te compare conmigo.
D. Carl. Qué mal genio! qué aspereza! Es en Jacinta delito, parecer à algunos bien?
D. Jac. Dime, que amantes admito? Te he quitado alguno à tí? Quál de ellos he pretendido? Si basta que yo confiese que tu rostro es peregrino, y el mio feo, horroroso; lo diré desde hoy à gritos delante de quién quisieres. No es bastante sacrificio?
D. Ros. Qué pondrias de tu casa en eso? No necesito

yo tus recomendaciones.
 Mis gracias, este palmito,
 me recomiendan bastante
 à quién tenga ojos, y juicio.
 2. Cómo ha podido el Marqués
 siendo su gusto exquisito,
 en materia de hermosura,
 tratar à mi hermana fino,
 estando yo aquí? Qué rabia!
 Yo le diré :- D. Car. Qué?
 D. Ros. Que es digno
 de mi altísimo desprecio;
 que si él à mi me ha ofrecido
 su amor, solo por vengarse;
 yo le admití por lo mismo.
 D. Carl. Bueno! *[Serie.]*
 D. Ros. Que tambien mi hermana
 le menosprecia. D. Car. Bien dicho!
 D. Ros. Y que es muger de usted.
 D. Carl. No: *sobresaltado.*
 Aún tengo muchos motivos
 de callarlo, y sobre todo
 al Marqués. D. Jac. No desistimos
 todavía de esa tema?
 Quando tu padre, y tu tío
 quieren casarte; es posible:
 D. Carl. Yo lo compondré sin ruidos,
 como tu calles. D. Jac. Yo sí;
 y en recompensa te pido
 que no vuelva aquí el Marqués.
 D. Carl. Pero como he de impedirlo?
 D. Jac. Despidiendolo: que cuesta
 decir que eres marido?
 D. Carl. No tengo cara para eso.
 D. Jac. Pues sino, yo me apercibo
 à decírselo. D. Carl. Tampoco.
 D. Ros. Y porqué, cuñado mio?
 Que se burle en hora buena
 de usted. No hay nada perdido.
 Ola! ola! que Don Carlos
 segun sacamos en limpio
 es casado, y se averguenza
 de serlo! D. Jac. Ahora he sentido
 en la antesala el Marqués:
 prevenite. D. Ros. Fuerte incentivo
 de mi colera es su vista.
 D. Carl. A Dios, ya aquí no hay arbitrio.
Sal. el Mar. observando, y dice como en silencio
 Marq. Con mi presencia os turbais:-
 Quanto mas atento os miro,
 me parecis mas suspensos.
 Esta con los ojos fixos *à Jac.*
 en tierra. Aquella mostrando *à Ros.*

cara de pocos amigos.
 Sonriéndose Narcisa,
 y Don Carlos pensativo,
 forman un quadro, que mueve
 à quatro afectos distintos.
 Narc. No nos falta sino hablar
 para que parezca vivo.
 Marq. Pues vaya, hablemos: yo empiezo.
 Ya, Señora, me desdigo
 de las ternezas, y amores
 que la dixen, y no me aflijo
 de que me haya despreciado,
 pues conozco que ha tenido
 razones para tratarme
 siempre con tanto desvío.
 D. Carl. Este sabe yá mi boda. *ap.*
 D. Jac. Usted me ha echado en olvido?
 Pues eso es lo que yo quiero:
 y si son los atractivos
 de mi hermana D. Rosa
 los que usurpan el dominio
 de ese pecho; sepa usted,
 que lo celebro infinito. *Cam.*
 D. Ros. Si usted como lo supongo,
 se ha rendido à mis hechizos,
 olvidando yá à Jacinta,
 à buena parte ha venido.
 No estoy yo para servir
 de suple faltas; me explico?
 Quedo satisfecha yá.
 A Dios, à Dios, Marquesito. *Case.*
 Marq. Muy bien, quién no ha de reirse, *se*
 de este gracioso capricho? *rie.*
 D. Carl. Yo haré por reconciliaros.
 Marq. No, no: demosla permiso
 de hacerla esquiva; que yo
 otra novia solicito.
 D. Carl. Cómo? Piensas en casarte?
 Marq. Y al instante lo público,
 paraque quanto antes puedan
 criticar mi desatino.
 Me he de sacar unas coplas
 burlandome de mi mismo;
 y que me las glosen otros.
 D. Carl. Eso es ser hombre de juicio.
 Marq. No vale mas despreciar
 satiras sin affigirnos,
 que no hacer la agachadiza?
 Tú, verbi gracia, que has sido
 públicamente en comedias,
 y saynetes, que has escrito,
 tan opuesto à las mugeres,
 dí: si hiciese el enemigo
 D que

que al fin la tomases propia,
è intentases encubrirlo;
que tontísimo papel
harias! *D. Carl.* Muy tonto, amigo.
Y es la novia? *Marq.* Una muchacha
criatura, un Angelito
de trece años; y me caso
oy por poderes: mi tío
de quién espero heredar
un mayorazgo muy rico,
ha tiempo trata esta boda.
Solo encuentro un reparillo,
que el padrastro de la niña
todavía está remiso
en entregarla. *D. Carl.* No es cosa.
Marq. Sin embargo, uno me dixo,
que hay un hermano mayor,
hombre mas cuerdo, y benigno,
que allanará los estorbos.
D. Carl. Marqués, estoy aturdido.
De mi tío, y de mi padre,
hablas, según los indicios.
Cabalmente esa es la novia
que me daba Don Dionisio.
Marq. Acertaste. Con que somos
competidores? *D. Carl.* No envidio
tu suerte; y con mucho gusto
te cedo la dama. *Marq.* Estimo *sonrien-*
tanta generosidad! *dose.*
pero es bonita? La has visto?
D. Carl. Es muy hermosa, y muy viva.
Marq. Y desechas tal partido?
D. Carl. Le desecho. *Marq.* Eres extraño!
y sufrirás el perjuicio,
de que el viejo me haga dueño
de su hacienda? *D. Carl.* Si consigo,
que me dexé ahora en paz,
que se guarde su bolsillo.
Marq. Siento el desdén de Jacinta.
D. Carl. Qué hombre tan ponderativo!
siempre la estas alabando,
y yo à la verdad no admiro
en ella esas prendas. *Marq.* Dicen:-
D. Carl. Qué? *Marq.* Que no te ha parecido
tan mal:- pero finalmente
debo olvidarla, es preciso,
porque es casada. *D. Carl.* Casada!
Marq. Si Señor, con su marido.
D. Carl. Te burlas? *Marq.* Lo sé muy bien,
dandole palmaditas en la espalda.
Por sugetos fidedignos.
Doña Rosa, y la Narcisa,
parece que han escogido

unes quantos confidentes;
estos hablaron conmigo
del asunto, ya à estas horas
no habrá en el barrio vecino
que no conozca al pariente
de Jacinta, su ejercicio,
talento, genio, y costumbres.
Segun à muchos he oído,
es un Filósofo insigne
aunque estrambotico. Han dicho
que se afrenta de ser novio,
y que temiendo los silvos
de la plebe, ha procurado
callarlo. Bien te lo pinto. *riyendose.*
Le conoces? *D. Carl.* Sí: de vista.
Marq. Quando le encuentres, te pido
le prevengas de mi parte,
que en Madrid hasta los niños
de la calle saben yá
su boda, y que yo imagino
debe de armarse de constancia,
para recibir oy mismo
ciertos versos que le está
sacando un amigo mio. vase riyendose.
D. Carl. Despues de este fuerte golpe,
no sé si estoy muerto, ò vivo.
Este es el fatal momento,
que siempre tanto he temido:-
Porque pierdo la esperanza?
Porque el tiempo despercio?
Ya sé el medio con que puedo
salir de este laberinto.

ACTO QUINTO.

Salen Don Carlos, y Don Luis.

D. Luis. Escuchame una palabra.
D. Car. Resuelto estoy no te canses.
D. Luis. Estás loco? *D. Carl.* Loco, ò cuerdo,
voy à emprender hoy mi viage.
D. Luis. Qué dirán todos de tí?
D. Carl. Lo que se les antojare.
En estando yo bien lexos
de Madrid, dexarlos que hablen.
D. Luis. Que mal sabes observar
los preceptos saludables
de la gran Filosofia,
que tanto estudias, y aplaudes.
D. Carl. Bien sé quanto se valieron
las sabios de otras edades
de la virtud, y constancia,
que no temieron los males,
que en el dolor, en la muerte

fue-

fueron siempre incontrastables:

pero yo por mas que admiro
su intrepidez, soy cobarde.

D. Luis. Tu tendrás igual valor,
si procuras sosegarte.

D. Carl. Sosegarme! no es posible.

Yo quisiera que un instante
te hallaras en mi lugar;

yá verías los ultrages

que sufro mas afrentosos,

que la muerte, mas fatales.

Apenas se ha divalgado

mi boda, quando ya salen

contra mi mil satirillas,

mil decimas, mil romances,

que serán la diversion

de gentes de todas clases

quando se sepa en el Sitio.

D. Luis. Don Carlos, para estos lances

es la firmeza. D. Carl. Lo sé;

pero à golpes semejantes,

quien ha de resistir?

Muestra à Don Luis unos papeles!

D. Luis. Vaya

son agudezas al ayre,

y dichos de ociosos. D. Carl. Son

para mi heridas mortales.

El público me censura,

y sabe bien lo que se hace.

Desde hoy me señalarán

con el dedo por las calles;

y para evitar mi afrenta

es necesario ausentarme

à vivir en un retiro.

D. Luis. Y Jacinta ha de quedarse?

D. Carl. En breve me seguirá?

D. Luis. Y sino quiere? D. Carl. Aunque rabie.

Y yá que (segun sospecho)

ha ayudado por su parte

à descubrir mi secreto;

ayudeme en mis pesares...

Quiero decirle mi intento.

Ola, muchacho! no hay nadie?

Sale un Criado. Señor...

D. Carl. Mira si ha venido

tu ama. al Criado que se va y vuelve!

Criado. Si usted me explicase

quién es mi ama... D. Carl. Mi muger.

Con viveza; despues de haber reflexionado

un instante.

Criado. Qual muger? hace que se va.

D. Carl. Jacinta.

Criado. Diantre! rascandose una oreja!

aunque no he dicho palabra,
bien lo sé yo dias hacs.

D. Luis. Y donde vés?

D. Carl. No, no quiero

que sepa nadie el parage.

D. Luis. Te he de seguir.

D. Carl. Ni por pienso:

si eres verdadero amante

de mi cuñada, Don Luis:

te aconsejo no te apartes

de Madrid, porque à la vuelta,

puede suceder que halles

la plaza ocupada. D. Luis. Cierto,

porque es muger muy mudable.

D. Carl. Solo de un modo podrás

lograr que sea constante. D. Luis. Cómo?

D. Carl. Dándola tu mano.

Si su resistencia nace

de que no sabe quien eres,

declarala tu linaje.

D. Luis. Por aquel lance de honor

oculté mi grado, y sangre,

y la he tenido engañada:

pero acabando de darme

un pariente que ha llegado

de Zaragoza, ayer tarde

las nuevas de que mi hermano

ha logrado que se allanen

en la pretencion pendiente,

todas las dificultades;

ya descubriré mi nombre:

y asi te pido dilates

tu partida hasta mañana

para que pueda alegarte

por testigo de que soy

de una familia... D. Carl. Antes que hable

con mi muger que alli viene,

no te detengas en valde.

Dila mi resolucion,

y mira si la persuades

à que la apruebe, y se quede

con Jacinta, mientras falte

yo de Madrid: anda, corre. vase D. Luis.

Salen Doña Jacinta, Doña Rosa, y Narcisa.

D. Jac. Algo te turba, y distrae.

à D. Carlos sobresaltado!

D. Carl. A buen tiempo habeis venido:

yá, muger, de aqui adelante

puedes estar satisfecha,

pues nuestra boda se sabe,

gracias à tu zelo; y todos

vienen à cumplimentarme.

D. Jac. Si soy yo quien te he vendido,

D 2

Car-

- Carlos; un rayo me mate.
- D. Carl.** Pues me habré vendido yo: porque Narcisa no es dable que sirviendome fielmente, pudiese ella deslizarse: y de Doña Rosa que es tan consumada en el arte de callar, nunca podré por ningún caso quejarme.
- D. Ros.** Por mas que usted nos escuse, me atrevo à jurar no obstante que yo sola lo conté à seis amigas, capaces de secreto. *Narc.* Yo tampoco he hablado de ello con nadie, sino con los tres que vienen à verme todas las tardes: y à bien que desde el principio les encargué que callasen.
- D. Jac.** Vaya: dexemos las burlas, y dime:— **D. Carl.** Pues sin burlarme, me despido de tí. A Dios.
- D. Jac.** Como este pesar me añades? O no partas, ò te siga.
- D. Carl.** Pues disponte para el viage. Aquí vendrá antes de mucho un sugeto de mi parte, con orden de conducirte à una quinta bien distante, que habitaré. No mas Corte. No: no mas poblacion grande. Mira si quieres dexar à Madrid, y retirarte; ò no volverás à verme.
- D. Ros.** Tan humilde, y manejable has de ser con tu marido, que por complacerle trates de enterrarte en vida? **D. Jac.** Sí; Jacinta hará quanto mandes. **D. Carl.** Siempre será su Madrid qualquier lugar en que te halles.
- Sale D. Luis.** Traigo una mala noticia. En la esquina de esta calle vi à tu padre, y à tu tio, que acababan de encontrarse con el Marqués de la Rueda, por cuyo medio es constante que han sabido tu secreto. Tu tio con gran coraje juraba que hasta perderos no ha de parar, pues tu sales ahora con una boda tratada sin consultarle.
- D. Jac.** Qué cuenta usted?
- D. Luis.** Lo que oye.
- D. Carl.** Y qué decia mi padre?
- D. Luis.** Abogaba en favor tuyos: pero tu tio el salvaje sin atender à sus voces, intenta desheredarte. Iba à buscar un Letrado que le venda algun dictamen de que mereces presidio, y ella convento. **D. Jac.** En tal trance, me dexas, Carlos? **D. Carl.** Qué remolquero desde ahora armarme de aquella noble entereza que à un Filosofo le cabe. Conjurense contra mi las sátiras populares: desheredeme mi tio; piense pues en mil dislates contra mí, que yo al momento voy resuelto à declararle, que su amenaza es en vano, y que mi Jacinta vale mas que sus riquezas todas.
- D. Jac.** Eres mi esposo, y amante: conozco, Carlos... Por mí no te espongas à algun lance.
- D. Carl.** Esta es mi resolucion: ahora puedes entrarte à tu quarto, y no volver aqui, mientras no te llamen. *caso.*
- D. Ros.** Su estado me compadece. Es posible que me afane yo por cosas de mi hermana? Hago yo mil disparates por ser demasiado buena. Despues de unas piezas tales como las que me ha jugado...
- D. Luis.** Qué piezas? **D. Ros.** Imponderables entre mugeres. Que mas que haber sabido grangearse el cariño de un sugeto que pretendí me obsequiase?
- D. Luis.** Pues queriendome à mi tanto, siente usted que otros no la amen?
- D. Ros.** Acaso quiero yo à usted?
- D. Luis.** Sí, por mas que usted me ultraje.
- D. Ros.** Narcisa, le quiero? **Narc.** A veces; segun como corre el aire.
- D. Luis.** A pesar de esos caprichos, conozco bien el caracter de usted, y espero que sea esposa mia, quanto antes.

- D. Ros.** Me quisiera reir de...
y quando? **D. Luis.** Esta misma tarde.
- D. Ros.** El lo asegura de un modo **[a Narc.]** que parece que lo sabe.
- D. Luis.** Sus ojos de usted me dicen...
- D. Ros.** Mis ojos son incapaces de decir esas mentiras. Qué insolencia! yo casarme con un hombre cuya cuna...
- D. Luis.** Y si acaso usted se hallase de la noche à la mañana hecha Condesa de... **D. Ros.** Calle: usted Conde! desatino.
- D. Luis.** Así está Don Carlos, que hable; bien conoce mi familia. Le parece à usted bastante, que él me abone?
- D. Ros.** Bien... Si... Pero... Qué podré determinarme? Y porque hacerme misterios?
- D. Luis.** Tuve motivos muy graves para ocultar mi nobleza.
- D. Ros.** Hasta que me desengañe Don Carlos sobre este punto no espere que me ablande. Qué alboroto es este? **Narc.** El tío viene echando tempestades.
- [Salen Don Dionisio, y Don Esteban.]**
- D. Dion.** Buena boba, buena boba. Donde está este badulaque, ese Filosofo cuerdo que jamás engaña à nadie con opiniones erradas; y que tan solo persuade con sus acciones? Pero cierto que esta es de las mas loables.
- D. Est.** Hermano mio, por Dios...
- Narc.** Miedo me dá su semblante **[a D. Ros.]**
- D. Ros.** Voy à responderle. **Narc.** No: eso seria irritarle. **[Conteniendola.]** Dexarle gaitar, que importa?
- D. Dion.** Requiebre hasta que se canse à su Jacinta el tal Carlos, pero sepa votoasanes, que le privo de mi herencia. Ya solamente quien case con mi entenada, ha de sér el dueño de mis caudales.
- D. Est.** Es posible que un sobrino à quién tú siempre estimaste: no ha de lograr...
- D. Dion.** Que se ahorque. **D. Est.** Escucha.
- D. Dion.** Os moriréis de hambre. tú, y él, y su Dulcinea, y todo vuestro linage.
- D. Ros.** Por gusto quiero decirle, unas quantas claridades.
- D. Luis.** No le enoje usted.
- D. Ros.** Yo haré, que estas disputas se acaben.
- D. Dion.** Señora, es usted la ninfa con quién se casó el vergante de Carlos? **D. Ros.** Y que tenemos!
- D. Dion.** Qué? Que para desposarse, ustedes, no han observado todas las formalidades.
- D. Ros.** Qué ha faltado?
- D. Dion.** La licencia de su tío, y de su padre.
- D. Ros.** Qué necesidad habia de besar la mano à nadie?
- D. Dio.** Que buena caña es la novia; no tiene un génio de un Angel?
- D. Ros.** Es usted el suegro? **[D. Est.]**
- D. Est.** Sí.
- D. Ros.** Pues si no quiere usted que ande à araños con el Señor, medie aquí en estos debates. Segun Don Carlos me ha dicho, usted es hombre tratable, y de razon, con que así aprobará por su parte el casamiento. Y usted Don usurero triunfante, con doblones mal ganados, no debería alegrarse de que elija su sobrino una muger de mi clase, siendo así que su entenada no merece descalzarme?
- D. Dion.** Es esta la Señorita **[a D. Est.]** tan modesta, tan afable, que havia de contener mi furia apenas me hablase?
- D. Est.** Así me lo dixo Carlos.
- D. Dio.** El grandisimo vinagre te engañó... y à vista de esto, querrás tambien que yo calle?
- D. Est.** No debiera usted, Señora, decir esas libertades, pues formaremos concepto de usted poco favorable.
- D. Ros.** Tanto peor para ustedes, que tendrán que tolerarme.
- D. Est.** Esta era ocasion de hablar con humildad. **D. Dion.** Al instante

vamonos de aquí: Madama, quando usted no se acordase de mí:-

D. Luis. Ya yo me temia que parase en esto el lance.

Ustedes ván engañados:::

Señores, oygan, aguarden.

D. Dion. No me diga usted palabra; que daré con todo al traste.

Sino me habláran así

tal vez pudiera aplacarme:

pero yá que se me vienen

à responder sequedades,

no verán ni un quarto mio

ni se me pondrán delante.

Sale D. Carl. No vernos mas! qué violencia!

que mi tio me amenace

delante de usted, Señor,

y en terminos semejantes!

Jamás me persuadiré

à que usted pueda aprobarle

su proceder. Si usted viese

à la esposa cuya imagen

adoro, la defendiera

à un mas que yo. Su semblante,

su crianza, y sobre todo,

su condicion tan afable.

D. Dion. Afable! à la vista está.

Qué loco!

D. Est. En nuestro dictamen,

tiene genio muy diverso.

D. Carl. Mi muger? *D. Est.* Sí.

D. Carl. Eso no cabe.

Narc. Graciosa equivocacion.

D. Est. Es ayrada, intolerable,

muy imprudente; y me tienen

enfadado sus arranques.

En su presencia lo digo.

D. Carl. En su presencia?

mira à todas partes.

D. Dion. No me hables.

Estoy hecho una ponzoña.

D. Est. No llames su indole suave,

porque ahora mismo le ha dicho

à tu tio mil ultrajes. *Narc.* Qué risa! *ap.*

D. Luis. Don Carlos, oye.

D. Carl. Dime, amigo; como es facil

que Jacinta... *D. Ros.* Don Dionisio

se quexa de que le traten

como merece. *D. Dion.* Que tal?

D. Est. Ya que ella tan arrogante

nos insulta, ayudaré

à mi hermano por mi parte.

D. Carl. No, no lo creo: Jacinta no conoce esos modales.

Voy à buscarla. *D. Est.* Y à donde?

D. Dion. Pues no la tienes delante?

Vaya, la Filosofia,

te llena el célebro de aire.

Sale Doña Jacinta sin hablar.

D. Carl. Aqui viene yá en efecto,

para que todo se aclare.

Vén, Jacinta. *D. Est.* Quién es esta?

D. Luis. Su esposa.

D. Dion. No nos engañes,

su muger es? *Narc.* Sí: la misma.

D. Carl. Dice mi tio, y mi padre,

que tú los has maltratado

de palabras, y aún añaden...

D. Jac. Como puede sér, si nunca

tuve la dicha de hablarles?

D. Carl. Ay tal embrollo.

D. Luis. Si atiendes,

verás como se deshacen:

creyendo que Doña Rosa

que les dixo iniquidades,

era tu muger. *D. Carl.* Y entonces,

porque no les declaraste

la verdad? *D. Luis.* Era imposible,

no hubo forma de escucharme.

D. Ros. No me vuelvo atrás. Lo dicho,

bien dicho está, y adelante.

A Don Carlos deshereda,

y he de callar? Si me hallase

yo en el lugar de Jacinta

no moriria de achaque

del tio casamentero.

D. Jac. Qué? Mi delito es tan grande?

à Don Dionisio, y à Don Esteban.

Don Carlos puede decir

que siempre fueron en valde

quantas diligencias hizo,

para persuadirme à darle

mi mano, hasta que afirmó

con juramentos formales,

que su padre aprobaría,

muy gustoso nuestro enlace.

A usted debo dirigirme

implorando sus piedades,

y pues tanto quiere à su hijo,

y estima el honor, no es dable

que repruebe su eleccion,

y me cargue de pesares.

D. Est. Rendido à tanta humildad

el corazon se me parte.

Carlos no pedo escoger

muger mas digna, y amable; pero mi único dolor es que no sean bastantes las conveniencias de mi hijo. Mi hermano pensó dexarle por su heredero, mas ya tanto ha llegado à irritarse con esta secreta union, que pretende inexorable, que Carlos desheredado, y en su desgracia lo pague.

D. Jac. Para enternecer à usted D. Dion. no me valdré de otras frases, que las que mi rendimiento, y mi dolor me dictaren. Sin conseguir mi perdón se pone à sus pies.

no es posible me levante.

Si hubiese yo recelado, que à Don Carlos resultasen por mi causa estos perjuicios, eligiendo antes la carcel de un Convento, lloraria la pena de no lograrle.

con su llanto, y sus palabras Levantala enternecido.

quién no habrá que no se apiade.

Levanta, sobrina mia:::

Lo que siento es, que contrage con los deudos de el Marqués de la Rueda, en este instante, la obligacion de hacer dueño de todas mis heredades y dinero, à mi entenada con quien el quiere casarse.

D. Carl. Pues cumpla usted su promesa al Marqués quanto gustare; y dexeme à mi Jacinta en lugar de sus candaes.

Sale el Marq. Despues de reñir un poco, yá habreis hecho al fin las paces. Sea en hora buena, amigo: D. Carl. si me hubieras dado parte de tu boda; hubiera estado à darte el parabien antes.

D. Carl. No te burles de los novios, que puede ser que no tardes en serlo. Marq. Como tu tio se conforme; aquí, infragante.

D. Dion. No hay que darse tanta prisa.

Marq. Quando Filósofos grandes como Don Carlos se casan, qué harémos los ignorantes?

D. Dion. Mi entenada es yá de usted,

en nobleza sois iguales. Marq. Es cierto.

D. Dion. Ella con sus bienes se halta rica lo bastante. Marq. Mejor.

D. Dion. Yo ofrecí entregarla los míos.

Marq. No he de allanarme à admitirlos, eso no.

No pretendo hacer alarde de mi generosidad.

Pero son mis facultades sobradas, y lo han de ser mas, quando mis tios falten.

Además de que sería para mi el mayor desayre enriquecer, en perjuicio

de amigo tan estimable;

y así ha de ser condicion precisa para el remate

de nuestro nupcial convenio, que usted no haya de privarle

de su herencia.

abraza à Don Carlos el Marqués.

D. Carl. O noble amigo!

D. Est. Rasgo nuevo, è inimitable.

D. Dion. Sobrinos, mi intencion era castigaros, y vengarme:

conozco que teneis ambos la razon de vuestra parte.

Lo siento::: pero seréis mis herederos no obstante.

D. Jac. Siendo ya dichoso Carlos, se acabaron mis afanes.

D. Dion. Vamos, hermano, à firmar estos contratos à pares.

D. Carl. Y si Doña Rosa gusta, tambien tres pueden firmarse.

D. Jac. De que sirve hacer melindres D. Ros.

si ya todo el mundo sabe que quieres à Don Luis? Vaya, es preciso que te humanes à ser su esposa.

D. Carl. Yo sé que ocultaba dias hace su estado, pero conozco su honradéz, è ilustre sangre.

D. Ros. Lo creo: pero con todo::-

Narc. Señora, antes que se pase la idéa, por humorada no fuera malo casarse.

D. Luis. Ese corazon es mio, aunque esa lengua me agravie.

D. Ros. Sí, traydor, por mi desgracia

nací yo para adorarte.

Toma mi mano aunque sé

que es hacer un disparate. *[se la da.]*

D. Luis. Calla, que por mas que digas,
nuestro amor será durable.

D. Carl. Jacinta mia, aunque el pueblo

[La toma la mano.] / *[muger]*

en sus satiras mordaces
ridiculice esta union;
con ella hemos de probarle
que un buen matrimonio es fuente
de inmensas felicidades.

FIN.

COMEDIAS.

El Triunfo del Ave Maria.	1	La Gitanilla de Madrid.	23
El Hombre singular, ó Isabél pri- mera de Rusia.	2	El Prisionero de Guerra.	24
El Zeloso D. Lesmes.	3	Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.	25
El Galeote cautivo.	4	Los amores del Conde de Comin- ges.	26
Al Deshonor heredado vence el ho- nor adquirido.	5	El Amante generoso.	27
La Venganza en el despeño, y Ti- rano de Navarra.	6	Ser vencido, y vencedor; Julio Ce- sar, y Catón.	28
La Señorita Displicente.	7	El Filósofo casado; ó el Marido avergonzado de serlo.	29
El Desafio de Carlos V.	8	La Victoria de Christo.	30
El Vinatero de Madrid.	9	Lograr el mayor Imperio por un feliz desengaño.	31
Pedro el Grande Czar de Moscovia.	10	Los Enamorados Zelozos.	32
Los Trabajos de Job.	11	La Isabéla.	33
El Socorro de los Mantos.	12	La toma de Breslau.	34
El Casamiento por fuerza.	13	El Medico Supuesto.	35
El Conde Don García de Castilla.	14	Siques, y Cupido.	36
La Constante Griselda.	15	El Triunfo del Amor.	37
El mas feliz cautiverio, y los Sue- ños de Joseph.	16	El Ardid Militar.	38
Como luce la lealtad à vista de la traición.	17	Saber del mayor peligro triunfar so- la una muger. La Elvira.	39
La Adultera Penitente.	18	La mas Ilustre Fregona.	40
El Honor mas combatido, y cruel- dades de Nerón.	19	La Conquista de Madrid.	41
El Inocente culpado.	20	Triunfos de valor, y honor, en la Corte de Rodrigo.	42
La Esclava del Negro Ponto.	21	El Silano, Tragedia.	43
El Cathólico Recaredo.	22	Alexandro en las Indias.	44

[X se va continuando.]

CON LICENCIA.

Barcelona: En la Oficina de Pablo Nadal, calle del Torrente
de Junqueras. Año de 1797.

à costa de la Compañia.